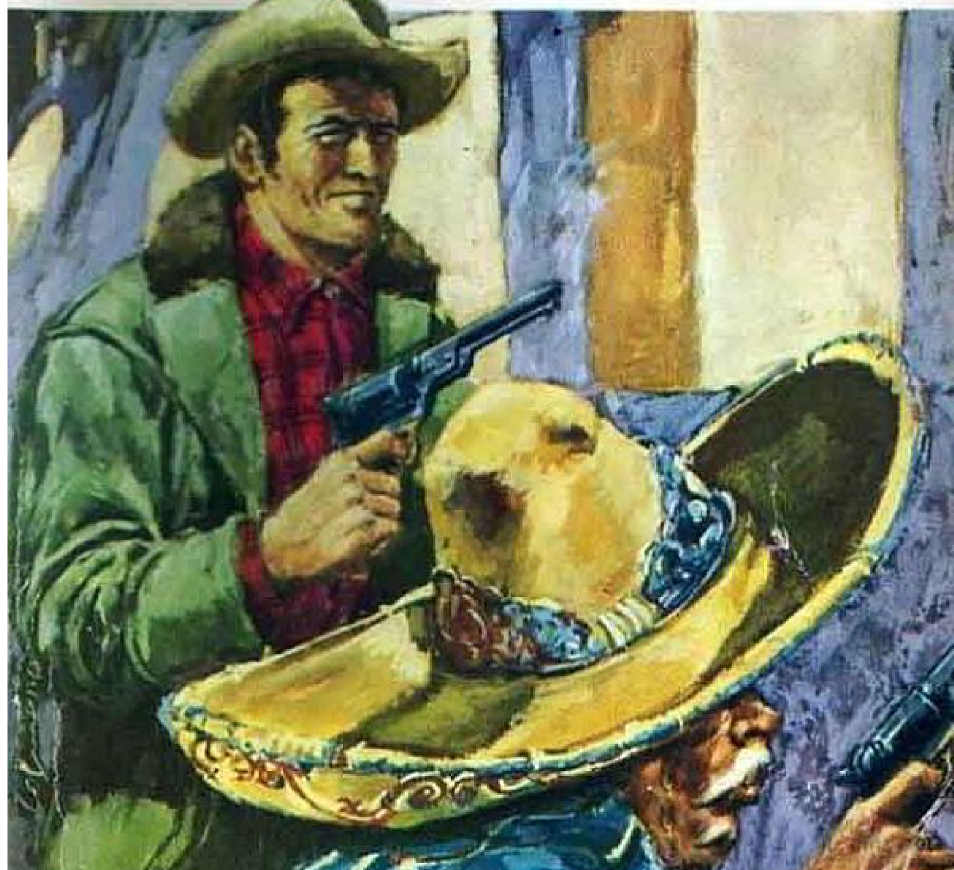
BOLSILIBROS BRUGUERA

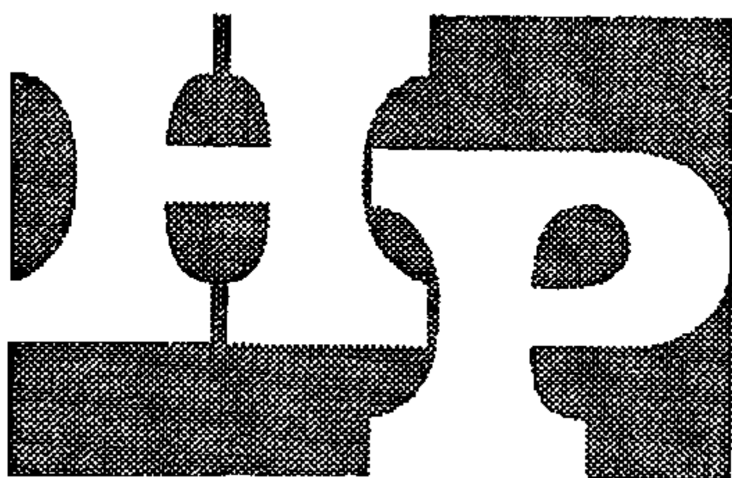
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

LOS DIABOLICOS







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS DIABOLICOS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 277
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 6343-1975

Impreso en España - Printd in Spain

2 .º edicción: abril, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Hacía calor. «Siempre hace calor en las tierras del Sur», pensó Riley mientras avanzaba lentamente a lomos de su caballo.

Junto al camino que seguía, la vegetación era lujuriante y de un verde tan intenso que casi asombraba. El sol arrancaba reflejos dorados a todos los objetos, y dotaba de tenues tonalidades al polvo que flotaba en el aire. Lejos, en algún lugar que Riley no podía ver, un negro hacía sonar una armónica.

Las casas del pueblo aparecieron de pronto ante su vista, casi sin que se diera cuenta. En otro tiempo habían sido blancas, pero ahora estaban destartaladas y sucias. Algunos negros sentados en los porches fumaban en largas pipas de barro. Los hombres blancos que debían dirigir aquélla población trabajaban tras los cristales del Banco que se veía en el centro de la calle principal, o administraban los dos almacenes y el saloon. El pueblo debía tener unos tres mil habitantes. Riley no sabía ni cómo se llamaba.

Encontró la explicación en un rótulo que decía: «Banco de Libreville».

Libreville. Ése debía ser el nombre de la ciudad que estaba cruzando ahora.

Riley, que había estudiado algo, antes de dedicarse a la violenta profesión que ahora ejercía, recordaba vagamente que había otra ciudad llamada así en la costa occidental africana. ¿Pero qué importancia tenía eso? El jamás iría a África. Por otra parte los nombres de las ciudades se repiten; eso ya lo sabe todo el mundo.

Desde el interior del saloon, cuatro hombres, sentados perezosamente ante una mesa, le veían pasar. Uno de ellos, de mediana estatura, ancho de hombros y con facciones toscas, llevaba una estrella en el pecho.

Dentro del saloon hacía calor, más calor que fuera, ya que en el patio contiguo dos cocineros asaban carne en una barbacoa, y el fuego hacía sentir sus efectos hasta el interior del local. Las moscas revoloteaban perezosamente y se amontonaban sobre las mesas, en aquellos lugares donde se habían derramado algunas gotas de licor azucarado.

Uno de los cuatro hombres estaba diciendo en aquel momento:

—Hace tiempo que no detenemos a nadie en Libreville.

—Y que no hay un linchamiento. Nada. Nuestra cárcel y nuestro juzgado están vacíos. Y no hablemos del árbol donde colgamos a los delincuentes. Se muere de tristeza.

El *sheriff* hizo con su derecha un ademán de hastío, como queriendo quitar importancia al asunto. Aquel gesto, algo violento, hizo que se batieran en retirada una legión de moscas.

—Nunca he admitido vagabundos ni maleantes aquí —dijo—. Y en cuanto alguien comete un delito…, ¡el árbol le espera! Sin embargo, hace tiempo que no pasa ningún sospechoso; es verdad, esto está muy tranquilo.

Uno de los hombres que le acompañaban susurró:

—Mira.

Los cuatro divisaron a través de la ventana al jinete cubierto de polvo que acababa de llegar a Libreville. Teñía un aspecto indefinible, el aspecto que más o menos tenían todos los que atravesaban a caballo aquella tierra. Podía ser un federal o un vagabundo, pero tenía más de lo último que de lo primero.

Riley miró en torno suyo. Después del Banco venía el saloon, y más allá unas cuantas casas que presagiaban de nuevo el camino. Si dejaba atrás la ciudad ya no podría beber un trago en no sabía cuánto tiempo. Y la verdad era que lo estaba necesitando.

No le gustaba el aspecto del saloon, y por eso lo miró dubitativamente antes de entrar, pero hubo algo que le decidió.

Aquella chica.

Una especie de gacela cruzó ágilmente ante él, subiendo los escalones del porche que llevaban al saloon. Usaba un vestido blanco y seguramente poca cosa más debajo, a causa del calor. Los relieves de su cuerpo se marcaban turgentes y duros bajo la tela liviana. Debía tener diecinueve años a lo sumo y no era blanca pura, sino que se apreciaban en su piel algunas gotas de sangre

negra. Aquella mezcla hacía que su aspecto fuera distinto, más atractivo y más excitante.

Riley apretó los labios.

Valía la pena ver aquella chica un poco más. No se encontraban fácilmente mujeres como ella en el cálido Sur. Sería una excelente idea contemplarla mientras tomaba una copa. Y después…, ¿quién sabe?

Riley descabalgó, amarró su caballo ante el saloon y entró poco a poco en él.

La chica debía haber venido para hacer alguna compra. Estaba en pie ante la barra, esperando que la atendiesen. Los únicos cuatro hombres que había en el local miraban fijamente las curvas rotundas de su espalda.

Fue eso también lo que miró el recién llegado, mientras hacía una seña para que le sirvieran una cerveza.

La muchacha le miró de soslayo. No conocía su cara, y por eso sintió curiosidad. Le agradaron sus ojos chispeantes y su sonrisa, que mostraba unos dientes sanos y fuertes.

—Hace calor aquí… —dijo Riley, para iniciar la conversación—. ¿Tenéis aquí algún sitio donde refrescaros, muchacha?

—El río… Pero no puede una descuidarse allí. A veces han llegado caimanes que vienen no se sabe de dónde.

—¿Y hacia qué lado cae el río?

—No está lejos.

—Tal vez quisieras acompañarme… Es decir, si no tienes nada importante que hacer.

En aquel momento, una voz lenta dijo desde el otro lado del local:

—Yo le enseñaré dónde está el río, forastero.

Riley se volvió. Distinguió la estrella del *sheriff*, tras la cual avanzaba un corpachón recio, provisto de dos brazos largos y duros.

Riley parpadeó, pero no varió un ápice la posición de su cuerpo.

—¿Qué decía, *sheriff*?

—Nada importante… Sólo que quiero enseñarle dónde está el río. ¿Ve aquel gran árbol?

—Sí.

—Pues de sus ramas colgamos a todos los vagabundos e indocumentados que no tienen un trabajo fijo.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—No sabemos quién es usted. Ha entrado en la ciudad sin que nadie le conozca, sin que sepamos a qué viene. En mi zona no admito maleantes ni tipos dudosos como usted. Vamos a ver, ¿a qué se dedica?

Riley acercó los dedos de su mano derecha al revólver, pero el *sheriff* le sorprendió «sacando» con una velocidad centelleante. Una sonrisa cuadrada había aparecido en su boca.

—Poco a poco, amigo. Por sólo lo que ha hecho podría acusarle de agresión a la autoridad y encerrarle durante un año. Mire bien dónde mete los dedos.

Riley comprendió que se hallaba ante un hombre peligroso, decidido y más rápido que él. Por eso decidió olvidar el revólver y cambió inmediatamente de postura.

—Usted se ha confundido, *sheriff* —dijo con suavidad—. Yo no pretendía hacer nada.

—Todos han visto que sí. Me parece que voy a enchironarle durante un año, para que aprenda a estarse quieto. Sí, eso es lo que creo que voy a hacer… ¡Hable de una maldita vez! ¿A qué se dedica?

—A viajar.

—Y a robar por donde puede, ¿no? ¡Confiéselo! ¿Cuáles son sus medios de vida? ¿Cómo sabemos que no necesitará robar mientras se encuentre en Libreville?

—Tengo dinero.

—A verlo.

Riley introdujo dos dedos en uno de los bolsillos de su camisa y sacó con ellos un apretado fajo de billetes de a cien. Había allí al menos tres mil dólares.

Bastante más de lo que el *sheriff* ganaba en un año.

El hombre de la estrella quedó paralizado y confuso durante unos momentos. Hubiese querido que el forastero no llevara encima ni una moneda, para poder encerrarle. La exhibición de dinero que aquel tipo acababa de hacer le paralizaba.

Como un caballo que no tiene más remedio que tascar el freno, masculló:

—¿Adónde va?

—Pienso establecerme en el sudoeste.

—Puede guardar ese dinero. ¡Y diga su nombre!

—Me llamo Riley.

—Pues bien, Riley, le voy a…

Su voz había sido furiosa. Uno de los que habían estado sentados con él intervino entonces:

—Oye, Colbert, no puedes detener a un tipo que lleva dinero para mantenerse, y que por lo tanto no es un vagabundo. Hace tiempo que nos aburrimos aquí, pero no podemos «divertirnos con él». Con ése, no. Hala, dile que se largue de una vez.

—Si no fueras el banquero no te haría caso, Rufus —dijo sordamente el *sheriff* Colbert—. Pero, en fin, tú sabes mejor que yo cuándo un hombre es o no es un vagabundo.

Se volvió hacia Riley y gritó:

—¡Largo de aquí!

—¿Pero es que no puedo tomar ni mi cerveza?

—¡No me gusta su aspecto, a pesar del dinero que lleva! ¡Largo de aquí si no quiere tener complicaciones! ¡Fuera!

Riley comprendió que era mejor obedecer. Se echó el sombrero sobre los ojos, hizo un gesto despectivo y salió. Un momento después se oía el rumor de los cascos de su caballo.

El *sheriff* Colbert miró entonces a la muchacha, que tenía la mirada fija y brillante. Las aletas de su pequeña naricilla temblaban.

—No me gusta lo que has hecho —dijo el *sheriff*, abruptamente —. No debes dar conversación a desconocidos.

—Ese hombre sólo me preguntaba dónde está el río.

—Y te ha ofrecido acompañarte y tú no has dicho que no.

—Porque usted no me ha dejado tiempo ni de hablar, *sheriff*. ¡Porque en seguida ha saltado como un tigre! ¡Y basta ya de vigilarme! ¡Usted no es mi padre!

—Justo —dijo Colbert suavemente—. No soy tu padre, pero tengo que hacer las veces de tal. Porque tu padre no es más que un borracho indecente. ¿Qué hace ahora? ¿Dormir la mona en la cama? Y te ha pedido que le llevaras más bebida, ¿no? ¡Y tú obedeces!

—¡Ése no es asunto suyo, Colbert! ¡Ni de nadie!

El se volvió ligeramente, con un gesto de resignación. Miró a los otros tres hombres que estaban en la barra.

—¿Habéis oído, muchachos? Uno la ha conocido de pequeña, la ha ayudado cien veces y encima aún tiene que oír insultos. ¡Como si una mujer pudiera ir sola por esta tierra infestada de pistoleros! ¿No comprendes que sólo quiero evitar que te metas en un lío? A veces eres algo tonta, Lilian, pequeña. Vamos, compra lo que sea y vuelve junto a tu padre. Yo te acompañaré.

El dueño del saloon había entregado a la muchacha una botella llena de *whisky* barato. Ella se la puso bajo el brazo y fue a salir, mirando de soslayo a los otros.

—No hace falta que me acompañe, *sheriff*. ¿Qué me va a ocurrir?

—Esto está lleno de merodeadores. Hala, vamos. Estaré más tranquilo.

La muchacha pasó delante. Sus curvas rotundas y juveniles se marcaban bajo el vestido liviano, que casi era transparente por los rayos del sol. Colbert sintió que le quemaban los ojos.

Atravesaron la calle polvorienta y tranquila, surcada por moscas perezosas, y dejaron atrás las casas. Más allá la vegetación se hacía tan espesa y lujuriante como en una selva. Una suave curva en aquella vegetación indicaba el paso del río.

Apenas estuvieron solos y ocultos a la vista de los demás, Colbert se abalanzó sobre la muchacha y la sujetó en sus brazos férreos. La besó furiosamente en la boca.

—¡Lilian! ¡Maldita Lilian! ¡Me crispa los nervios oír que hablas con otro! ¡Tengo celos hasta del aire que respiras, condenada!

Ella se debatió furiosamente. No tenía la fuerza del *sheriff*, pero sí más agilidad. Su cuerpo se tensó y destensó dos veces como un arco, haciendo lanzar a Colbert un grito de placer, porque creyó que ella respondía a su abrazo. Pero de pronto se encontró solo, a dos pasos de la muchacha, que inexplicablemente había logrado liberarse del cerco y le miraba con ojos llameantes.

—¡Váyase de aquí, Colbert! ¡Váyase de una vez! ¡Y no vuelva a soñar en ponerme la mano encima!

—Sabes que te quiero.

—¿Me quiere? ¡Lo que ocurre es que piensa porquerías cada vez que me ve! ¡Usted es un hombre casado!

—Mi mujer no importa ahora.

—¡Le merece respeto!

—¡Déjala en paz! ¡Nadie la ha mencionado!

—¡Pues al menos, respéteme a mí! ¡Me conoce desde que era una niña!

El *sheriff* lanzó una carcajada ronca, espesa, mientras sus dedos temblaban en el aire.

—Sí, desde que eras una niña… ¿Quién iba a pensarlo, verdad? Entonces te daba puntapiés cada vez que pasabas corriendo a mi lado y me ensuciabas de polvo las botas. Pero luego te transformaste en una muchacha muy bonita, en la chica más hermosa y más rebelde que he visto jamás… He cambiado mucho con respecto a ti, Lilian, pero no me pidas que te tenga respeto. Eres la hija de un borracho y, además, una mestiza. En esta tierra de blancos no te queda más que una cosa: ¡Obedecer!

Fue a lanzarse de nuevo sobre la muchacha, que lanzó un grito corto y denso, pero en ese momento una voz murmuró:

—Ya está bien, amigo, déjela en paz.

Colbert se volvió como un áspid. Abrió la boca, con sorpresa, al ver otra vez a aquel tipo allí. Riley estaba junto al río y debía disponerse a tomar un baño, porque ya se había quitado la camisa y las botas. Su mano izquierda sostenía el cinto canana, con el revólver muy cerca de la derecha.

—¿Es que no se ha largado aún, forastero? ¿Qué quiere? ¿Quedarse aquí para siempre?

—Yo sólo trataba de bañarme en el río, *sheriff*. Esto es libre, ¿no? ¿O quizá cobran un impuesto sobre el agua?

Colbert gruñó:

—¿Se atreverá a tocar ese revólver?

—Ella me serviría de testigo, *sheriff*. Diría luego que la defendí cuando intentaba ultrajarla.

—Ella no diría nada… Yo quizá estaría muerto, pero pondrían en mi sitio a otro igual… y éste le ajustaría las cuentas a Lilian.

De pronto notó que la muchacha se alejaba. Lilian había aprovechado la ocasión para alejarse con velocidad de gacela. Colbert lanzó una espesa maldición.

—No podrá atraparla, *sheriff* —dijo Riley mientras reía silenciosamente—. Ella se refugiará en su casa, y su padre, aunque borracho, es posible que tenga bajo la cama una buena escopeta cargada con postas. Más la valdrá pensar en otra cosa, amigo.

El *sheriff* gruñó:

—¡Le voy a…!

Riley comprendió que las cosas se habían puesto feas. No le quedaba más remedio que pasar a la acción. Llevó los dedos rápidamente hacia la culata de su revólver.

Pero, como antes, el *sheriff* Colbert le demostró que era un verdadero diablo. A pesar de no tener ninguna ventaja, también resultó más rápido esta vez. Boquiabierto, Riley vio que estaba ya encañonado cuando él apenas había tenido tiempo de extraer del todo su «Colt» de la funda.

Ahora fue Colbert el que rió silenciosamente.

—No le he matado ya antes por compasión, amigo. No sé a qué se dedica, pero es usted muy lento. ¡Suelte su arma!

Riley la soltó. No tenía otro remedio. Vio entonces aparecer una extraña sonrisa en los labios del *sheriff*.

—¿Qué le parecería si ahora disparase? ¿Quién me reprocharía haber matado a un vagabundo?

—Usted sabe que no lo soy, *sheriff*. Y también lo saben otros.

—Pero nadie discutiría mi palabra…

—Pruébelo, *sheriff*.

La sonrisa de Colbert se hizo más ancha. Por un momento pareció como si fuera a disparar, e incluso acarició varias veces el gatillo. Pero al fin hizo una cosa que Riley no esperaba. Se encogió de hombros y dejó caer, con un hábil movimiento, el revólver al interior de la funda.

—Tiene razón —dijo—. No puedo disparar… aún. Algunos hombres, entre ellos el banquero Robertson, han visto que no era un vagabundo. Lárguese, Riley, pero no vuelva a aparecer por aquí. Si lo hace… lo mataré. Se lo juro.

Riley comprendió que no le quedaba más remedio que obedecer de nuevo. Recuperó su camisa y fue a tomar el revólver.

—No, el arma, no.

—Pero… ¡si me atacan no podré defenderme! ¡Y esto está infestado de bandidos!

—Por eso tomo tantas precauciones. Lárguese y compre otro revólver donde pueda. Para eso lleva dinero.

Riley fue a avanzar por la orilla del río, alejándose, pero Colbert le hizo una seña con su arma.

—Por ahí, no.

—¿Por dónde entonces?

—A través del río.

—¡Casi me cubre en algunos puntos! ¡Me voy a poner perdido!

—Justamente. Así aprenderá.

Volvió a apuntarle con una sonrisa cínica, y Riley comprendió que le haría «bailar» con sus balas si no obedecía. Se introdujo en el agua, y pronto estuvo hundido hasta el cuello. Tuvo que andar de puntillas, sosteniendo por encima de su cabeza la camisa donde llevaba la documentación y el dinero, para que el agua no le cubriese.

—¿No querías darte un baño? —le increpó Colbert desde la orilla—. ¡Pues dátelo! ¡Hártate de agua, maldito!

Riley alcanzó trabajosamente la otra orilla. Pero ni allí pudo detenerse, porque un disparo entre los pies le hizo retroceder a toda prisa hasta llegar a un cobijo entre altos matorrales.

Allí se detuvo, jadeando.

Pese a ser un hombre sereno, sentía la sangre hervirle en las venas. Hubiera respondido a tiros a aquellos insultos, caso de tener un revólver.

Pero no lo tenía, y debía resignarse. Lo mejor sería continuar su camino… a pie, porque el caballo se había quedado amarrado junto a la orilla, y era seguro que Colbert no lo dejaría volver.

Riley penetró en lo más espeso de los matorrales, y de pronto se detuvo con todos los nervios en tensión.

Había visto algo que no olvidaría. Algo que, estaba seguro, le quitaría el sueño durante muchas noches.

Los coyotes y las alimañas nocturnas habían desenterrado parte de un cuerpo que estaba sepultado allí muy superficialmente. Una mano descarnada surgía de entre la tierra blanda. Era la mano de un muerto que parecía querer salir de su tumba.

CAPÍTULO II

El local era semejante al de Libreville, muy parecido a todos los locales de la misma clase que encontraría en el Sur, antes de penetrar definitivamente en Texas. Había una barra larga y solitaria, unas cuantas mesas y sillas y verdaderos regimientos de moscas. El sol, ya oblicuo, iluminaba dulcemente el saloon a través de las ventanas, y eso fue lo único hermoso que supo encontrar Riley. Entró difícilmente porque ya le dolían los pies de tanto andar, se apoyó en la barra y pidió que le sirvieran un doble de *whisky*.

Una voz dijo suavemente:

—Lleva usted las ropas hechas cisco, amigo.

Riley miró hacia la zona de donde había surgido aquella voz, mientras parpadeaba con sorpresa. Hasta aquel momento había creído estar solo. Pero vio entonces a un hombre alto, delgado, fuerte, con aspecto de leñador o de campeón de boxeo. Tenía una sonrisa agradable y unos ojos indefinibles, que a ratos parecían de buena persona y a ratos brillaban burlonamente.

—He tenido que pasar un río —masculló Riley—. Un viaje de mala pata, créame.

—Ya lo veo. ¿Dónde está su caballo? ¿Y dónde tiene su revólver?

—¿Por qué pregunta tanto? ¿Es usted el *sheriff*?

—Oh, no… Jamás hubieran dado una placa a un granuja de mi categoría. Simplemente, voy por ahí… Cuando un sitio me gusta me quedo, cuando no me gusta me marcho. Soy de los que piensan que la vida es hermosa.

—Un vagabundo, vaya.

—Más o menos.

—Me hubiera gustado verle en Libreville. Le habrían linchado, sin duda.

El desconocido lanzó una carcajada.

—Libreville… Ya he oído nombrar esa ciudad muchas veces, amigo. El *sheriff* tiene fama de bestia. Impone la ley según unos métodos que hacen estremecer a una persona sensible. ¿Viene de allí?

—Sí.

—Vaya, entonces ha tenido suerte. Durante mis últimas andanzas esquivé esa ciudad sólo por instinto, porque no me gustó su aspecto.

—Hizo bien. ¿Cómo se llama esto?

—Hume. Pero es un villorrio al lado de Libreville. ¿Se ha fijado en esto? Cuatro casuchas hechas de tablas y cuatro mulatos. Ni un Banco, ni una tienda decente, ni una botella de *whisky* de marca. Beba, beba ese que le han puesto. Eso le convencerá.

Riley bebió. En efecto, aquel *whisky* era para darse a todos los demonios. Después del primer trago, estuvo tosiendo un cuarto de hora.

El otro reía, silenciosamente. Hizo al fin una mueca.

—No se preocupe, hombre. De todos modos, hay cosas buenas también en Hume, por ejemplo, el agua. El agua es pura y cristalina, de modo que no debería usted beber otra cosa. La cerveza tampoco está mal. Vaya, le invito.

Riley le miró de pies a cabeza, convenciéndose de que era uno de los tipos de mejor planta que había visto. Parecía digno de toda confianza.

—¿Cómo se llama usted?

—Dan.

—Está bien, Dan. Acepto su invitación.

El joven se acercó. Hizo una seña al camarero, y éste trajo dos grandes jarras de cerveza. La bebida tenía un aspecto refrescante y agradable. Los jarros estaban helados.

—Los guardan en el agua de los pozos —explicó Dan—. Está helada y es purísima.

Riley bebió. Hizo un gesto admirativo.

—Excelente… ¿Ha dicho que se llama Dan?

—Sí. ¿Por qué?

—Su nombre me suena… ¿A qué se dedica?

—Ya se lo he dicho. Voy por ahí…

—Tengo la impresión de que… Bueno, no me haga caso. A su salud. La cerveza es estupenda.

Los dos hombres entrechocaron sus jarras. Dan dio un par de palmadas en la espalda de Riley, le pasó un momento la mano por los hombros, amistosamente, y murmuró:

—Anímese, amigo… Lo que haya ocurrido en Libreville no tiene ninguna importancia. Pida otra jarra mientras yo voy a llevar mi caballo a la cuadra. Lleva mucho tiempo ahí fuera.

—De acuerdo, amigo. Hasta luego.

Riley terminó su jarra, mientras oía el rumor de un caballo que se alejaba. Pronto el sonido de los cascos se extinguió completamente.

Riley posó entonces la mano derecha, casualmente, sobre el bolsillo de la camisa en que llevaba su dinero y sus documentos.

Aquella mano quedó como helada sobre la tela.

¡Su dinero, sus documentos, habían desaparecido!

¡Aquel tipo llamado Dan acababa de robarle!

Riley fue a saltar hacia la puerta, pero el camarero le detuvo con voz aburrida:

—Es inútil, no lo alcanzará.

—¿Qué dices…?

—Tiene un caballo muy rápido. Ayer hubo tres carreras en esta población, una de ellas con obstáculos, y las ganó todas.

—¿Pero usted sabía que…?

—No. ¡Yo qué diablos iba a saber! Lo único que podía apostar era a que ese individuo vivía de lo que salía. Es simpático, pero por lo visto tiene los dedos demasiado ágiles… No, amigo, más valdrá que se resigne. Ese tipo debe tener ya un buen sitio donde esconderse.

Riley lanzó una maldición, mientras se llevaba la mano derecha a la frente.

—Tenía que haberlo adivinado antes… Ya decía yo que me sonaba el nombre de Dan. Tiene el apodo de Dedos de Plata. Es el ladrón más hábil que se conoce en el Sur, desde el Atlántico al Pacífico…

Unas gotitas de sudor helado habían aparecido en las sienes de

Riley. Se daba cuenta de que a un tipo como Dan no lo atraparía nunca, y más careciendo de revólver. ¿Qué podía hacer?

Nunca imaginó que a él le pudiera ocurrir aquello.

—No podré ni pagar la cerveza… —balbució.

—Deje de pensar en ello. En estas circunstancias, la casa invita.

—Gra… gracias.

Riley salió al exterior. La cabeza le daba vueltas, y todo aquello le parecía un sueño. Jamás pudo imaginar que una cosa así pudiera ocurrirle precisamente a él. ¡Era absurdo!

Pero había sucedido, y él tenía que pensar algo. No podía quedarse así.

Miró en torno suyo y se dio cuenta de que allí no resolvería nada. Cuatro casas miserables donde no le conocía nadie… No le quedaba más remedio que volver a Libreville. Recordaba que el banquero de la población le había defendido contra las impertinencias del *sheriff*. Él le podría hacer un pequeño préstamo sin garantía mientras resolvía la situación.

No era una buena solución, pero era la única.

Riley desanduvo el camino. Tenía los pies deshechos cuando llegó a Libreville a la mañana siguiente.

* * *

Se dirigió al Banco, pero éste se hallaba cerrado aun. La ciudad parecía dormida y tranquila. Hasta las moscas parecían descansar aún, sin decidirse a volar, colgadas de los techos de los porches.

Riley decidió esperar en el saloon. Pensó que era el mejor sitio. ¡Si tuviera la suerte de encontrar a Lilian! Quizá la muchacha también podría ayudarle.

Pero a quien encontró fue al *sheriff* Colbert.

Colbert estaba acodado en la barra y volvió la cabeza cuando los batientes se movieron. Al principio, hizo un gesto de sorpresa al ver a Riley allí. Luego distendió los labios en una suave sonrisa, tan contento como si le hubieran hecho un regalo.

—Vaya, usted otra vez aquí… ¿Es que piensa establecerse en Libreville, amigo?

—Quiero ver al banquero.

—¿Para qué?

Había otros dos tipos dormitando ante una mesa. Abrieron un

solo ojo al oír la conversación.

—Quiero pedirle un préstamo —susurró Riley.

—¿Un préstamo? ¿Quizá un «préstamo a la fuerza»? ¿Piensa hacer un atraco?

—Vaya tontería, *sheriff*… No he provocado ningún jaleo aquí. Déjeme en paz.

—¿Dejarle en paz? Yo tengo que velar por la ley en Libreville, amigo. ¿Cuáles son sus medios de vida? ¿Quién me asegura que no es un vagabundo o un atracador? ¡Vaya aspecto tiene!

—Usted sabe por qué, *sheriff*.

—Yo no sé nada. Dígame de qué vive. Enséñeme su dinero.

—¡Diablos, ya se lo enseñé una vez! ¡Y ante testigos!

—Podía ser falso. He estado pensando en eso, amigo. Dinero falso para despistar. Quiero verlo otra vez; quiero tocarlo con mis manos.

Se había acercado a él. Riley sintió que le temblaban los puños.

—No llevo dinero —musitó.

—¿No, eh? Muy bien, entonces te voy a detener por vagabundeo. Vas a estar unos cuantos meses en chirona, amigo. ¡Andando!

Le dio un empujón para llevarlo hasta la puerta. Riley sintió que otra vez le temblaban los puños.

Pero ahora no se estuvo quieto.

Su derecha salió disparada en un gancho alucinante. Se oyó un «raac» terrible de huesos que se rompen.

La mandíbula del *sheriff* quedó materialmente desencajada. Lanzó un alarido y dio dos vueltas por el suelo polvoriento del saloon, mientras pateaba de dolor.

Riley intentó llegar hasta la puerta. Puestas las cosas en aquel plan, no tenía más camino que la huida.

Una bala entre sus pies le detuvo antes de que llegara a los batientes. Sintió que se le cortaba la respiración.

—La próxima vez tiraré a matar —dijo roncamente el *sheriff*, hablando con dificultad después del golpe—. Vamos, quítese el sombrero y ponga las manos detrás de la nuca. No quiero bromas.

Riley obedeció, mientras rechinaban sus dientes y sus ojos destilaban odio.

—Va a tener un lío, *sheriff*. Le juro que va a tener un buen lío en

cuanto yo me pueda poner en comunicación con Washington.

—¿Me amenaza…?

Un terrible puntapié al bajo vientre hizo que Riley se encogiera y cayese al suelo, gimiendo de dolor. El *sheriff* le golpeó entonces en la nuca, con las dos manos enlazadas. Durante algunos instantes, Riley perdió el sentido, y cuando lo recobró se dio cuenta de que lo habían sujetado por el cuello de la camisa y lo arrastraban por los porches como un fardo.

Intentó protestar, pero ya estaban entrando en la oficina del *sheriff*. Fue empujado brutalmente al interior de una celda.

—¡Todo el mundo ha visto que me agredías! —masculló Colbert —. ¡Tienes para un año, hijo de perra!

—¡Quiero escribir una carta! ¡No puede negarme ese derecho!

—¿Escribir una carta? ¡Vas listo! No hay ningún guardián aquí; yo me ocupo de todo, y a mí no vas a convencerme para que te dé papel y un lapicero. Dentro de ocho o diez días te presentaré al juez. Entonces él decidirá.

Riley abrió la boca, asombrado.

—¿Ocho o diez? ¡Eso es ilegal!

El *sheriff* rió sombríamente, mientras se sujetaba la mandíbula. Luego dio vuelta a la llave en la cerradura y salió.

Riley quedó solo, maldiciendo de su destino. Nunca le había ocurrido una cosa así. El había sido instruido para luchar contra bandidos de toda especie, no contra representantes de la ley. No sabía qué hacer.

Durante horas y horas dio pasos como un león enjaulado. No le traían comida ni agua. ¿Qué quería aquel maldito Colbert? ¿Que se muriese de hambre?

Llamó, golpeó los barrotes y las paredes, pero fue inútil.

Estaba como en una tumba.

Los rayos del sol se fueron haciendo oblicuos, y las primeras sombras se insinuaron en el interior de la celda. Riley, agotado y vencido al fin, tiró del camastro, que quedaba plegado sobre la pared, y se tendió en él. Pero apenas se había instalado cuando contuvo la respiración, mirando hacia su derecha.

La pared era de tablas, y las que hasta entonces habían cubierto el camastro, no estaban demasiado bien sujetas. Diríase que no era tan difícil arrancarlas.

Riley miró por entre los intersticios, mientras su corazón latía alocadamente. Vio que el hueco que él podía abrir no daba al exterior, sino al interior de otro edificio, pero casi resultaba mejor así. Saliendo directamente a la calle desde la cárcel, le hubieran visto. Sus posibilidades de huida era mucho mejores así.

Fue separando las tablas con mucho cuidado.

Era increíble un descuido de tal clase en una cárcel, incluso en una población tan perdida como Libreville. Le pareció que fugarse iba a ser un juego de niños. Pronto las tablas separadas dejaron un hueco suficiente para que por él pasara su cuerpo.

Se introdujo con la agilidad de un gato, pasando a una especie de habitación de los cacharros viejos de una vivienda privada. Allí se amontonaban enseres de toda clase, viejos libros, cuadros inservibles y muebles a los que faltaban piezas.

El silencio que le envolvía era extrañamente denso. Riley avanzó de puntillas hacia la puerta.

La abrió y se encontró en una habitación muy bien amueblada que no era sino un dormitorio. Parecía vacío, aunque en él había dos luces encendidas.

Riley entró del todo. Quizá desde allí, por una de las ventanas, podría saltar a la calle.

Vio que gruesas cortinas cubrían aquellas ventanas. Pero nada le costaría descorrerlas y saltar.

De pronto vio también algo más.

Sus músculos quedaron rígidos. Su respiración se cortó durante algunos instantes.

Apoyada en una de las paredes, en pie, mirándole, estaba una mujer.

No era ya joven, pero se conservaba bien, y vestía de la forma más provocativa que Riley había visto. Mejor dicho, no vestía, sino que se estaba desnudando cuando él entró. Llevaba el corsé, los zapatos y las medias. Sobre uno de los brazos descansaba una bata de seda que no había tenido tiempo de ponerse.

Riley pensó que le había ocurrido lo peor que podía sucederle. Ella gritaría, le acusaría de…, ¡quién sabe si le acusara de haber intentado violarla! Riley se estremeció, porque una acusación así podía significar la pena de muerte. Durante unos terribles segundos, no supo qué hacer.

Pero, en contra de lo que esperaba, ella le sonrió. Sonrió dulcemente.

Su cuerpo, todavía hermoso, pareció palpitar mientras se acercaba a él poco a poco.

CAPÍTULO III

El hombre dobló perezosamente la página del periódico. Era un ejemplar de pequeño formato y cuatro páginas, confeccionado sin demasiado arte, pero no se podía encontrar nada mejor por allí. Se titulaba El Eco de Louisiana.

La mujer que estaba junto a él, tendidos ambos en la cabaña, susurró:

—Tonto… ¿Vas a leer el periódico ahora?

Dan se desperezó lentamente y cerró un momento los ojos. Desde aquella cabaña, junto al río, captaba los mil misteriosos rumores de una naturaleza en continua erupción. Los animales que viven cerca de los ríos y en las tierras pantanosas, merodeaban agitadamente entre las hojas, grandes como techos de chozas. Se oía el siseo de las alimañas y el gruñido ronco de algún lejano caimán que veía pasar las horas sin capturar ninguna presa. También se escuchaba el susurro de los árboles al ser acariciados por el viento.

Todo aquello gustaba a Dan, que acababa de llegar de las tierras inmensas de Texas, donde no había más que pastizales, reses mugientes y nubes y más nubes de polvo. Louisiana era distinto. Aquí vivía uno hundido en una naturaleza peligrosa, pero que estaba llena de vida y parecía también llena de pasión.

La muchacha le besó lentamente en los labios.

—Hoy no me haces ningún caso, Dan.

Dan le acarició los largos y sedosos cabellos. Sabía que Moira había dicho aquello mismo a otros hombres antes de conocerla. Moira era como la naturaleza que la rodeaba, ardiente y salvaje. Había tenido otras aventuras y era conocida en toda la zona de los pantanos cercana al río Rojo. ¿Pero qué importaba el pasado? Ahora Moira estaba con él; era suya.

—¿Qué importa el pasado? —susurró, expresando sus pensamientos en voz alta.

De pronto, alzó la cabeza, sonriendo.

—¿Sabes, Moira? Iremos a la ciudad dentro de poco. Voy a comprarte varios vestidos nuevos.

—¡Oh! ¿De veras, Dan?

—Claro que sí… Seguro. No quiero que vayas más tiempo cubierta con esos harapos.

—Ya he visto que ahora tienes mucho dinero, Dan. Esta noche, mientras dormías, registré tu camisa.

—¡Menuda falta de vergüenza!

—¿De dónde has sacado todo ese fajo de billetes?

—Lo robé —confesó él sencillamente.

—¡Menuda falta de vergüenza!

Rieron los dos. Luego Dan volvió a doblar perezosamente el periódico, y de pronto sus ojos se detuvieron en una noticia comarcal, cuyo título destacaba en letra mayúscula:

UN HOMBRE LINCHADO EN LIBREVILLE.
DESPUÉS DE FUGARSE DE PRESIDIO, HABÍA
INTENTADO SEDUCIR A LA ESPOSA DEL *SHERIFF*.
NO LLEVABA DOCUMENTOS NI DINERO. SóLO
SE SABE QUE SE LLAMABA RILEY.

Dan dejó caer el periódico a tierra. Sus ojos se habían nublado.

—¿Qué te pasa?

—Esa noticia…

—¿Pero qué ocurre con ella? ¿Qué te importa a ti?

—Riley… —dijo él roncamente—. Yo he leído antes ese nombre en otro sitio… ¡A ver, dame la camisa!

El mismo la recuperó. Introdujo dos dedos en uno de los bolsillos. Extrajo un abultado rollo de billetes y un documento en el que hasta entonces no había puesto la menor atención, porque lo que no fuese dinero no le interesaba.

El documento era un nombramiento provisional de agente federal a favor de Jim Riley. La placa le sería entregada más adelante en Washington.

Dan quedó pálido.
—¿Qué te ocurre?
—Era…, era un federal… ¡Diablos! Un novato… ¿Para qué le habrían enviado aquí?
—¿Y a ti qué te importa, Dan? ¡Deja de pensar en eso!
—Yo le robé también ese documento… ¿Quién iba a pensarlo? No pudo justificar su personalidad…
—¿Y qué?
—¡Por eso lo lincharon!
La mujer hizo un gesto con la mano, como si espantase una mosca.
—¿Y a ti qué te importa? ¡Bah! ¡Bonita gentuza los federales! ¡Sólo sirven para buscar líos a la gente!
—Pero… ¡lo han matado por mí! ¡Lo han matado porque yo robé su dinero y sus documentos!
—No pienses en eso… La gente muere cuando tiene que morir. Hala, dame un beso. ¿O es que yo no importo nada?
—He de hacer algo…
La mujer le miró con recelo.
—¿Es qué tienes miedo, Dan? ¿Te asusta haber robado a un federal?
—Todo lo contrarío, es ahora cuando no tengo miedo. El ya está muerto y, por tanto, no puede denunciarme ni perseguirme. Es algo muy distinto lo que siento.
Se vistió la camisa con movimientos maquinales. Los ojos llameantes de la mujer seguían cada uno de sus gestos.
—¿Vas a irte?
—Quiero saber lo que ocurrió en Libreville.
—Pues muy sencillo…, ¡que ese tipo intentó soplarse a la mujer del *sheriff*! ¡Menuda cara debía tener el tío!
—Uno que huye de la cárcel no piensa en mujeres. Ésa es otra de las cosas que no consigo entender.
—Pues las entenderás cuando estés en la horca. ¡El *sheriff* de Libreville tiene malas pulgas!
Dan se había ceñido los revólveres ya. Miraba hacia la puerta de la Choza, sin darse cuenta de la irritación de la mujer.
—Si me dejas ahora no vuelvas, Dan. ¡Estás cargado de manías!
—Sólo estaré fuera tres o cuatro días. Libreville no cae

demasiado lejos.

—¡Te he dicho que no vuelvas!

El la ciñó en sus brazos, intentando besarla. La mujer le abofeteó; le abofeteó con todas sus fuerzas, tres veces, mientras se revolvía furiosamente. La sangre brotó de los labios del joven.

Pero dominó con su fuerza hercúlea a aquella fierecilla. La besó en los labios.

—Uno…

Ella le clavó las uñas en el cuello con toda la fuerza de que fue capaz, pero Dan volvió a besarla.

—Dos…

Moira le golpeó una y otra vez los tobillos con las finas puntas de sus zapatos, único detalle de coquetería que llevaba encima.

—Tres —susurró Dan—. Has ganado, muchacha.

Ella estaba desfallecida. Le dirigió una mirada relampagueante.

—Vuelve, Dan —dijo al cabo de unos instantes, con un susurro —. Aunque sea dentro de tres semanas, pero vuelve.

Dan le entregó dos billetes de a cien dólares.

—Tienes que comprarte dos vestidos, muñeca…, para cuando vuelva.

Ella sonrió, pero sus ojos estaban tristes.

Sospechaba, no sabía por qué, que Libreville era una ciudad mucho más siniestra de lo que la gente creía. Y que Dan no iba a volver de ella… quizá nunca más.

CAPÍTULO IV

El hombre llegó a Libreville montando un magnífico corcel, un fino ejemplar pura sangre de los que llaman la atención en todas partes. Y por fuerza debía llamarla más en aquella tierra donde un caballo valía a veces más que una mujer.

Dan desmontó de un salto y amarró su corcel a la barra del único saloon. Inmediatamente se formó en torno a él un pequeño grupo de curiosos.

—Magnificó animal, amigo.

—Ha debido ganar muchas carreras con él…

—¡Qué remos! ¡Y qué pecho más amplio! ¿Aguanta bien la distancia de cinco mil yardas?

—Está tan tranquilo al acabar como al empezar —sonrió Dan—. Puede con todo.

—¿Lo vende?

—No, no lo vendo por ningún precio. Es mi medio de vida.

—¿Es que se dedica a correr con él?

—Voy a todos los concursos.

—Pues en Libreville no los hay por ahora. ¿A qué ha venido?

La última pregunta había sido formulada con una voz distinta, más ruda y más áspera. Dan alzó la cabeza.

Vio al *sheriff* Colbert, que descendía poco a poco los peldaños del porche.

—He venido a descansar —dijo Dan—, y a que descanse mi caballo.

—Quizá ésta sea mala tierra para usted —dijo Colbert—. No sé si se habrá enterado, pero aquí somos muy duros con los indeseables.

—Ya me enteré de que hace poco lincharon a un hombre.

—Fue un espectáculo inolvidable —dijo un viejo, torciendo las facciones—. Aquel tipo se negaba a morir.

—Pataleaba como un desesperado —dijo otro.

Dan sintió que la saliva se le volvía amarga en la boca. No podía olvidar que todo aquello había ocurrido por él. Acariciando el cuello de su montura, susurró:

—A mí no me gustan los linchamientos ni las muertes, sino las fiestas. Vamos, amigos…, invito a todo el mundo.

Fue a entrar en el saloon, seguido por los ocho o diez hombres entusiasmados que se habían congregado junto a él. Pero el *sheriff* le detuvo poniéndole la mano en el pecho.

—Un momento. ¿Tiene dinero?

—Si invito es porque lo tengo.

—No quiero líos en mi ciudad. A ver, enséñelo.

Dan extrajo con dos dedos el fajo que días antes había enseñado Riley.

—Tiene mucha habilidad con los dedos —susurró Colbert. Parece que ni roza los billetes.

Dan prefirió no hacer ningún comentario sobre aquello. El apodo de Dedos de Plata le había perseguido demasiado a todas partes. Volvió a guardar el dinero y entró en el saloon.

Estuvo bebiendo y alternando con las rudas gentes de la ciudad durante más de dos horas. Los habitantes de Libreville, según comprobó, era gente holgazana y que no se había acostumbrado aún a que no fueran los negros quienes lo hiciesen todo. Vivían del comercio con las zonas limítrofes, y se aburrían mucho. Un buen linchamiento era para ellos el mejor espectáculo, y apenas terminaban con uno, empezaban a desear otro.

También se enteró de que el *sheriff* Colbert estaba casado y de que su mujer nunca salía a la calle, pues tenía la salud algo delicada. Era también una mujer…, ¿cómo explicarlo…? Una mujer algo especial. Los chicos jóvenes, al parecer, la atraían irresistiblemente. Tenía unos años más que el *sheriff*, pero él se sentía celoso. Quizá por eso nunca la dejaba salir.

—Yo creo que cualquier día la matará —dijo uno de los bebedores, aprovechando la ausencia de Colbert.

—En cierto modo, no le faltó razón el otro día.

—Bueno, más vale que no hablemos de eso —gruñó el dueño del

saloon—. Bastante martirio tiene Colbert. Y si supiera que lo hemos comentado se enfadaría.

—Sí, es mejor —opinó otro.

Aquel punto de la conversación quedó automáticamente eliminado. Dan se dio cuenta de que todo el mundo pensaba en la extraña mujer del *sheriff*, pero nadie se atrevía a hacer comentarios en voz alta.

El joven lo lamentó, porque era eso precisamente lo que más le interesaba al llegar a Libreville.

Pero no quiso llamar la atención. Durante un buen rato estuvieron hablando de otras cosas.

Al fin preguntó dónde podía alojarse, y le indicaron un modesto hotel. Se dirigió a la entrada.

En aquel momento, una muchacha salía del local. Era blanca, pero no enteramente. Las gotas de sangre negra se apreciaban en su agilidad de gacela, en la elasticidad de sus músculos, en la sensación de sensualidad que se desprendía de todos sus movimientos. En cierto modo, no era bonito, pero tenía algo que hizo que Dan se la quedara mirando.

Se cruzaron los dos sin decirse una palabra. Pero Dan no había llegado a penetrar en el hotel cuando captó la voz del *sheriff*:

—Hola, Lilian.

Sin duda se refería a la muchacha con la que acababa de cruzarse. Dan, no supo por qué, se detuvo. Simuló ajustarse bien una espuela, sin acabar de trasponer el umbral del hotel.

Lilian miraba de frente a Colbert.

—¿Qué quiere, *sheriff*?

—Hacía unos días que no se te veía por aquí.

—No tenía ninguna necesidad de venir.

—¿Y tu padre? ¿Cómo sigue?

—Igual.

—¿Quiere eso decir que continúa vaciando botellas, no?

—Lo que haga mi padre es asunto exclusivamente suyo y mío, *sheriff*. A usted no le importa.

Colbert rió silenciosamente.

—Pues precisamente de tu padre quería hablar, muchacha.

—¿Para qué?

—Se han producido unas pequeñas raterías en la zona, y quiero

investigar.

—¡Mi padre es un borracho, pero incapaz de robar a nadie!

—Ya lo sé, Lilian, ya lo sé… Sólo trato de hacer una investigación rutinaria. Más que nada le interrogaré por si sabe algo. De modo que podemos echar a andar. Seguimos el mismo camino.

Los ojos de Lilian relampaguearon.

—¿Pretende acompañarme, *sheriff*?

—Ya te he dicho por qué.

—Interrogue a mi padre a otra hora. En estos momentos está durmiendo.

—¿Durmiendo? La mañana ya va muy avanzada… Hala, no nos entretengamos. Andando.

—No quiero ir con usted, *sheriff*.

—Pero ¿por qué?

—No quiero pasar otra vez por aquellos matorrales.

Colbert rechinó los dientes.

—¿Me acusas de algo?

—¡Sólo quiero que me deje en paz!

—¡Demasiado bien me estoy portando con vosotros! —El *sheriff* la zarandeó—. ¡Hala, andando! ¡Ya estoy cansado de tantas tonterías!

Lilian creyó que estaban ambos solos y que nadie les oía. No se había fijado en la presencia de Dan, parado en el umbral del hotel. Por eso gimió:

—¡No volverá a tocarme! ¡No ocurrirá otra vez aquello!

Colbert la empujó hacia el camino, pero en ese mismo momento Dan dejó de fingir que se estaba entreteniendo en el arreglo de la espuela. Se irguió en toda su alta estatura.

—Parece que esa chica no quiere acompañarle, *sheriff* —murmuró.

Colbert alzó la cabeza. Le miró con expresión burlona.

—¿Qué ha dicho, forastero?

—He estado oyendo lo que hablaban…, sin querer, naturalmente. Y creo que no tiene ningún derecho a acompañar a la muchacha, si ella no lo desea.

—¡Yo soy quien decide aquí!

—¿Y ha decidido también besarla, *sheriff*?

Las facciones de Colbert enrojecieron. Con voz áspera masculló:

—Habla demasiado, forastero.

—Yo sólo digo que…

—Dese preso.

Colbert había extraído el revólver con un gesto relampagueante. La verdad era que Dan no esperaba aquello. En circunstancias normales hubiera sido diez veces más rápido que el representante de la ley, pero esta vez se encentraba desprevenido. De ningún modo esperaba que saliese a relucir el «Colt».

—¿Pero qué diablos le ocurre? —murmuró.

—He dicho que se dé preso.

—¿Por qué?

—Por insulto a la autoridad.

—Diantre, yo no trataba de insultar a nadie…

—Usted ha dicho que yo quería abusar de la muchacha.

—¿Y no es verdad? Ella misma lo confirmará.

Dan desvió los ojos hacia el sitio en que antes se encontraba Lilian, para hallarse con la sorpresa de que la muchacha había desaparecido. Debía ser tan grande su temor a quedarse a solas con Colbert, que había huido aprovechando la oportunidad, sin pensar en otra cosa.

De pronto, Dan se dio cuenta de que no tenía testigos. Por el momento, no le quedaba más remedio que darse preso… o tratar de agujerear con un balazo la derecha de Colbert, cosa que por ahora no le convenía de ningún modo.

Se encogió de hombros. Mal empezaban las cosas para él en Libreville. A este paso, iba bien arreglado.

Tampoco le convenía llamar demasiado la atención. Estaba reclamado por robar dinero en varios condados de la zona. Lo mejor que podía hacer era capear el temporal.

—Está bien —dijo—. Supongo que no me tendrá demasiado tiempo detenido.

—El juez decidirá. Entrégueme su revólver. Pero sujetándolo solo con dos dedos, ¿en? Y nada de bromas.

Dan sólo necesitaba sujetar el revólver con dos dedos para tenerlo en disposición de disparo, pero no lo intentó esta vez. Lo dejó caer a tierra, y el *sheriff* lo recogió sin dejar de apuntarle.

—Andando.

Dan fue introducido en la única celda que había en Libreville. Vio el camastro empotrado en la pared, y se preguntó si Riley habría estado también allí antes de que lo linchasen. Cortó sus pensamientos el sonido de la llave al girar en la cerradura, a su espalda.

—Dentro de un par de días le verá el juez —decidió Colbert—. Mientras tanto…, ¡aguántese!

Desapareció por una salida que había a la derecha, dando un portazo. Sin duda estaba rabioso porque la graciosa Lilian había escapado de entre sus zarpas.

Dan comprendió que tenía que tomarse las cosas con filosofía. Le convenía meditar.

Tiró del camastro, poniéndolo en posición de servicio, y se tendió en él con las manos cruzadas bajo la nuca. Pero en seguida se dio cuenta de que había algo extraño allí.

La pared era de madera y estaba muy vieja. Las tablas no ajustaban bien en la parte cubierta por el camastro cuando éste se replegaba sobre la pared. Cualquier hombre un poco hábil se hubiera dado cuenta de que allí había una posibilidad de fuga.

Dan pensó que el *sheriff* no sabía aquello y que no convenía que lo viese antes de que llegara la noche. Por lo tanto se levantó, plegó la cama, a fin de ocultar las tablas, y estuvo de pie horas y horas.

A media tarde, el *sheriff* le trajo una jarra de agua y un mendrugo de pan. Nadie más se acercó por allí.

Fue al caer las sombras cuando Dan se puso en movimiento, pensando que había llegado su oportunidad.

Con mucha habilidad y sin ruido, fue separando dos de las tablas, hasta dejar un hueco. Pudo ver que éste no daba al exterior, sino a una habitación de la casa contigua, pero calculó que ello aún haría más fácil su huida. De modo que muy silenciosamente, y con infinitas precauciones, fue haciendo mayor aquel hueco.

Por fin pudo pasar su cuerpo ágil y delgado. Se introdujo sinuosamente en la habitación, que parecía ser un cuarto trastero. Allí había de todo, pero nada que llamase la atención poderosamente. Dan pasó a la habitación contigua.

Ésta era un dormitorio cuyas ventanas se hallaban cubiertas por gruesas cortinas, pero cuyas luces estaban encendidas.

Y en ese dormitorio había una mujer. Una mujer con una bata

casi transparente sobre su cuerpo todavía joven, todavía hermoso.

* * *

Dan parpadeó. Hubiera esperado cualquier cosa menos aquello. Y al propio tiempo se dio cuenta de que el insólito tropiezo echaba a rodar todos sus planes.

Nada hay peor que los chillidos de una mujer para poner en conmoción a una ciudad entera.

Pero ella no chilló. Por el contrario, le dirigió una extraña sonrisa llena de ternura.

—¿Estabas en la cárcel? —susurró.

—Sí…, sí, señora.

—No me llames «señora» con ese respeto. No soy tan vieja.

—No…, desde luego que no.

—Acércate.

Como Dan permanecía quieto, se acercó ella. No intentaba ser provocativa, pero lo era a causa de su bata semitransparente y de su cuerpo mórbido y todavía joven. Se detuvo a un paso de Dan y le puso una mano sobre el pecho. La mujer iba tenuemente perfumada. Su sonrisa, bonita y limpia, era sin embargo algo triste.

—Debes haber sufrido mucho —susurró ella.

—No… Nada de eso. La verdad es que hasta ahora me han tratado muy bien.

—¡Pobre muchacho! ¿Cómo te llamas?

—Dan.

De pronto el joven quedó como paralizado, mientras sentía que la sangre se le helaba en las venas.

Bruscamente había comprendido cosas. Muchas cosas.

Aquélla debía ser la mujer del *sheriff*. Riley debió huir por el mismo procedimiento que había empleado él, encontrándose también en aquella habitación. También la mujer le habría sonreído, seguramente, de aquel modo triste. Y entonces habría irrumpido en el dormitorio un tipo con una estrella.

De eso al linchamiento había un solo paso. Los aburridos habitantes de Libreville no debían estar esperando otra cosa.

Dan, pese a su audacia en cuestión de mujeres, comprendió que esta vez debía hacer marcha atrás.

—¿Qué te ocurre? —susurró ella—. ¿Estás asustado?

—No…, no se trata de eso.
—Diríase que no te gusta estar aquí. ¿Quieres escapar?
—¿Para qué voy a negarlo? Eso es lo único que pretendía.
—Bien… Hay una puerta trasera que da a la calle.
Dan susurró:
—La emplearé, gracias… Gracias, señora.
Dio media vuelta y entró de nuevo por la puerta que había empleado antes, dirigiéndose al cuarto trastero.
Oyó la voz de la mujer que le advertía:
—¡Eh! ¡Por ahí no podrás huir!
Pero Dan no hizo caso. Sabía lo que le convenía en este momento, aunque pareciese ilógico. Lo que le convenía era volver a su celda.
Empezaba a barruntar algo que le hacía pasar una corriente de aire helado por la columna vertebral.
Vio con sorpresa que el hueco de las tablas había sido tapado. ¡Alguien, desde la celda, se había entretenido en dejar las cosas como estaban antes, para que no quedara rastro de su huida por allí!
Dan se dio prisa. Estaba ante un peligro desconocido aún, pero no por eso menos inminente.
Con toda velocidad empezó a separar las tablas. Apenas pudo pasar por el hueco parte del cuerpo, empujó el camastro, que había sido también ajustado contra la pared.
Con gran velocidad retiró otro par de tablas. Pudo entonces entrar de nuevo en la celda, pero sus sorpresas no habían terminado. ¡La puerta de la reja estaba abierta!
Dan no comprendía del todo aquello. Pero le bastaron unos instantes para darse cuenta de lo que significaba.
Alguien —no podía ser más que el *sheriff* Colbert— simulaba una huida. Debía estar vigilándole y había visto cuándo separaba las tablas para pasar a su domicilio, donde no había más que una mujer sola. Las tablas estaban intencionadamente sueltas y tapadas por el camastro, pero sólo el *sheriff* lo sabía. Luego penetraba en la celda, ajustaba las tablas de nuevo, dejaba la puerta abierta para simular que el preso había huido por allí y lo sorprendía con su esposa.
Mejor oportunidad para un linchamiento, ni soñada.

Era eso lo que debía haberle ocurrido a Riley.

¡Y a él había estado a punto de sucederle lo mismo! ¡Se había salvado por unos pocos minutos!

Ajustó las tablas de nuevo con gran celeridad, cerró la puerta, aunque sin poder hacerlo con llave porque no la tenía, y se tendió en el camastro como si no hubiese sucedido nada.

Transcurrió cerca de media hora. De pronto se oyeron unos pasos en el exterior, y Dan alzó levemente la cabeza.

—Hola, *sheriff*.

El de la estrella le miró fijamente, enigmáticamente. Tocó la puerta y la abrió.

—Estas cerraduras no son seguras —dijo por todo comentario—. ¿Ha intentado forzarla?

—No.

—Puede que sea cierto. Está desencajada a causa de su vejez. He pedido a la Junta de Vecinos que la cambien, pero hasta ahora no han dado fondos para eso. Aún tardarán unos días porque dicen que su presupuesto está muy cargado. ¡Los muy cerdos!

Dio vuelta a la llave y añadió:

—Pero no intente jugármela, amigo. Yo siempre monto guardia.

—Ya, ya…

—No sé si mañana llegará a verle el juez. Está de viaje.

—¿Y me tendrán mucho tiempo encerrado en esta pocilga?

—Puede que algunos días. Lo que sea necesario.

—No tiene derecho a eso, *sheriff*. Debo ser llevado ante el juez para que él decida.

—¿Y qué puedo hacer yo si está de viaje? Aguántese, amigo. Todo llega en esta vida.

Volvió a dirigirle aquella mirada enigmática, incomprensible, y salió al exterior.

Dan cerró un momento los ojos. Había hablado de libertad para guardar las apariencias, pero por nada del mundo se hubiese alejado de aquella celda.

Allí había un misterio que deseaba resolver.

Y sólo estando encerrado podría penetrar en las entrañas de aquel enigma.

CAPÍTULO V

Durante tres días nada sucedió.

Dan había esperado con impaciencia que el *sheriff* hiciera algo anormal o que las cosas se precipitaran. Había incluso esperado que la esposa de Colbert le hiciera señales, golpeando las flojas maderas desde la habitación que había al otro lado.

Pero nada ocurrió. Todo fue silencio.

Dan era un hombre de acción y aquella inmovilidad le crispaba los nervios. Por otra parte, el *sheriff* le tenía a régimen de una sola comida a pan y agua, y el joven comprendió que, de seguir así, el día en que saliese, lo haría arrastrándose.

Tenía dinero, pero no había posibilidad de comprar nada. El propio *sheriff* le vigilaba cada mañana mientras él salía para asearse y mientras hacía la limpieza de la celda. No admitía ninguna clase de pedidos para el exterior, ni le traía periódicos. A las preguntas de Dan, respondía con simples monosílabos.

A la cuarta noche de estar encerrado, Dan decidió probar la huida, pero esta vez con todas las consecuencias.

Aunque cabía la posibilidad de que Colbert le estuviese «madurando» para hacerle caer en una trampa, necesitaba correr ese riesgo.

Permanecer allí más tiempo, sin hacer nada, podía ser suicida.

Aguardó, como la otra vez, a que hubieran caído las sombras sobre Libreville. Como todas las ciudades del Sur, ésta resultaba casi más agradable de noche que de día, porque la temperatura se hacía mucho más suave. La gente paseaba por los porches, hablaba… Era lógico que el *sheriff* tuviera que hacer alguna ronda.

Y era lógico, en consecuencia, que no estuviese en su casa a aquella hora. Quizá también debía pensar que Dan ya no trataría de

huir. Por todo ello, pensó el joven que había llegado su oportunidad.

Separó las tablas en silencio y pasó a la habitación de los cachivaches. Una vez allí, y siempre sin hacer el menor ruido, volvió a colocar las tablas en su sitio, desde el otro lado.

Hecho esto, avanzó hacia el dormitorio.

Como la otra vez, también espesas cortinas cubrían las ventanas y también había dos luces encendidas, pero no vio a ninguna mujer en la habitación.

Sobre la cama, cuidadosamente hecha, vio unas cuantas prendas íntimas que debían pertenecer a la esposa del *sheriff*, pero ella no estaba.

Dan abrió otra puerta. Más allá debía haber sin duda una salida a la calle.

Entró en una sala cuyas luces estaban encendidas, pero que también se encontraba vacía.

Bueno, eso creyó él en el primer momento.

Porque, al instante, una voz dijo suavemente a su espalda:

—Muy bien… Quieto y con las manos arriba o te aso, compañero.

Dan quedó como paralizado al oír aquella voz de mujer. ¿Qué nueva y diabólica táctica empleaba ahora la esposa del *sheriff*?

Se volvió lentamente, con las manos en alto, ya que no tenía otro remedio.

Y de pronto sus labios se entreabrieron con una mueca de estupor. Porque la mujer que le amenazaba con un corto «Derringer», no era la esposa del *sheriff*, sino una desconocida.

¡Y qué desconocida!

Dan se dijo para sí mismo que no había visto una chica igual ni en sueños.

Era alta y estaba falsamente delgada. Es decir, daba una sensación de esbeltez y ligereza y, al propio tiempo, no le faltaba de nada. Más bien tenía de todo para satisfacer al más exigente, y aún le quedaba un poco de sobrante como propina. Llevaba un vestido negro muy ajustado a sus formas, y por debajo del borde de su falda, algo corta, asomaban unas pantorrillas sensacionales. Tenía los ojos algo rasgados y los labios intensamente rojos. Era rubia, y los cabellos le caían sobre los hombros como una turbadora cascada

de oro.

Teniendo delante a aquella mujer, uno se fijaba en cualquier cosa menos en el revólver que empuñaba.

Ella susurró:

—Manténgase quieto.

—¿Qué va a hacer?

—Avisar al *sheriff*. ¿O quizá no sabía que ésta es su casa? ¿No ha encontrado sitio mejor para entrar a robar?

—No soy un ladrón.

—¿No?

La voz de la muchacha había sido burlona. No se fiaba de él, y seguía apuntándole sin vacilaciones.

—Le sorprenderá —musitó Dan—, pero soy un fugitivo de la cárcel.

—¿Qué absurdos está diciendo?

—Sí, de la cárcel a cuyo cuidado está el *sheriff*. Comunica directamente con esta casa.

—Razón de más para que trate de detenerlo. ¡No se mueva!

—¿No había en esta casa otra mujer?

—¿Cómo lo sabe? ¿Es que ha estado antes aquí?

Dan comprendió que no podía dar demasiadas explicaciones. Lo que le convenía hacer, a ser posible, era desorientar a la muchacha.

—Oiga —dijo—, le propongo un plan.

—Usted no está en situación de proponer nada.

—Ya ve que voy desarmado y no ofrezco peligro. Deje solamente que le explique. Sólo le pido que no me entregue al *sheriff* hasta haberme oído.

—No tengo obligación de escucharle —dijo ella, haciendo un mohín—, pero tampoco soy una salvaje. Vamos a ver, hable.

Dan pensó: «¡Pobre muchachita ingenua!».

Antes de que ella pudiera darse cuenta, ya uno de los cojines que había en la butaca junto a la cual estaba Dan, volaba por los aires. La chica llegó a tiempo de disparar, pero cuando el cojín estaba materialmente encima del cañón de su revólver. El mismo cojín ahogó el sonido del disparo, que debió resultar casi inaudible fuera de la habitación. La muchacha lanzó un gemido de sorpresa.

No tuvo tiempo para nada más.

Cuando el cojín cayó a tierra, permitiéndole ver de nuevo frente

a ella, ya Dan movía la mano derecha. Un leve golpe en la muñeca hizo que la desconocida tuviera que soltar su «Derringer», donde aún quedaba una bala. Inmediatamente, él la apresó con sus brazos.

—Más vale que no te muevas, muñeca. Y que no chilles.

—¡Es usted un…, un…!

—Un canalla, ya lo sé. Pero hasta a los canallas nos gusta la libertad, de modo que voy a largarme con viento fresco. Me llevaré el revólver cargado, de modo que si chillas condenarás al menos a una persona a muerte. Porque al primero que, atraído por tu grito, intente cortarme el paso, lo hago papilla. Y ahora, quieta.

—Le atraparán. No sabrá dónde ocultarse… Libreville es una ciudad pequeña.

—Pero Louisiana es grande. Y ahora a dormir, nena. A tu edad y a esta hora, no se puede hacer otra cosa.

A ella le ofendió más aquello que el peor insulto del mundo. No toleraba que la llamasen niña, señal de que lo era. Trató de dar un empujón a Dan, pero la que salió despedida fue ella, cayendo de espaldas sobre el diván que ocupaba el centro de la pieza. Su falda se alzó, y dejó al descubierto unas piernas de la mejor calidad. Ella lanzó un nuevo gritito, mientras Dan emitía un silbido.

—Ha valido la pena, muchacha. Y ahora, abur.

Con un hábil movimiento recogió el «Derringer», que estaba sobre la alfombra, y lo guardó entre su camisa y su pantalón, dirigiéndose hacia la salida de la sala.

Ella no gritó. Parecía haberse tomado muy en serio la advertencia de Dan.

Éste abrió una nueva puerta, más gruesa que las otras, y se encontró en el exterior, en la parte trasera de la casa. Ante él, hundida casi en las sombras de la noche, se extendía una zona llena de altos tallos de hierba. Más allá, la vegetación se hacía aún más profunda y más espesa.

Dan corrió ágilmente, hasta ponerse fuera del alcance de cualquier arma. Sabía que no podía perder tiempo.

Luego se detuvo, mirando en torno suyo. ¿Adónde ir? ¿Cómo ocultarse en una comarca que no conocía?

No era eso lo peor, sino la necesidad de procurarse alimentos. Allí donde intentara comprar algo, le reconocerían. Necesitaba encontrar a alguien que comprase por él.

Y de pronto una imagen le vino a la memoria: la de la muchacha mestiza. Lilian se llamaba, si él no recordaba mal. Lilian vivía con su padre, y si su padre siempre estaba borracho, poco iba a molestar. Era una solución.

Aunque no sabía dónde vivía ella, recordaba más o menos haberle visto seguir un camino determinado, y también le había oído hablar de unos cañaverales junto al río. No sería demasiado difícil dar con su cabaña.

Dan avanzó entre las sombras. Si la muchacha desconocida no le denunciaba, el *sheriff* no se daría cuenta de la fuga hasta la mañana siguiente. Jamás se presentaba por las noches en la celda.

Después de una hora de bordear el río, Dan llegó a una cabaña aislada. No estaba lejos de Libreville, porque incluso desde allí se distinguían remotamente las luces de la ciudad, pero él había dado un gran rodeo al no conocer el camino. Cautelosamente se acercó.

La cabaña no podía ser más sencilla. Había cuatro trastos viejos y una cortina que separaba el interior en dos piezas. En una de ellas debía dormir Lilian. En la otra se veía un camastro con un tipo roncando encima. A juzgar por su aspecto, debía dormir una borrachera sensacional. Llevaba barba de varios días y su faz resultaba oscura, bastante más oscura que la de su hija.

Dan penetró silenciosamente y miró al otro lado de la cortina.

No se veía a nadie. La cama de Lilian estaba limpia y vacía.

Dan volvió a salir y avanzó hasta el río. Quizá la muchacha había ido a buscar agua. A la luz de la luna, que había salido ya, vio el río convertido en una cinta de plata. Oyó un chapoteo.

Dan ahogó un gruñido. La chica se estaba bañando. Ahora se disponía a salir del agua, y naturalmente no llevaba encima más que su propia piel. Cuando el líquido le cubría solamente hasta la cintura. Dan se dio cuenta de que la perfección de su cuerpo era enloquecedora. Decidió batirse en retirada.

Pero entonces escuchó, a su izquierda, como el belfo de un caballo. Sus músculos se tensaron.

A treinta yardas de distancia había no un caballo, sino dos. Y dos hombres montaban sobre ellos.

Dan no los conocía, pero notó que iban bien vestidos. Tenían un inconfundible aspecto de señoritos del Sur. Los dos estaban mirando a la muchacha, y por eso no se habían dado cuenta de la presencia

de Dan.

Su diálogo resultaba bien significativo:

—¿Te das cuenta? ¡Es magnífica!

—Y muy joven… Una chiquilla.

—¿La conoces?

—Tengo una vaga idea de que vive por aquí. Se llama Lilian, y era hija de esclavos. Vive con su padre, pero él está siempre borracho.

—Entonces, ¿no hay peligro?

—Ninguno…

Los dos hombres rieron silenciosamente.

—Viene hacia aquí. No se ha dado cuenta.

—Diablos, es soberbia…

—Vamos. Hay que acorralarla.

Los dos hombres fueron a avanzar, y entonces uno de los caballos respiró otra vez ruidosamente, mientras hacía sonar sus cascos contra una piedra. Lilian alzó la cabeza y se dio entonces cuenta de la observación a que estaba siendo sometida.

Lanzó un gemido, mientras se hundía de nuevo en el agua para que el líquido cubriera su cuerpo. Nadó vigorosamente hacia la otra orilla, sabiendo que si llegaba al centro del río los dos jinetes ya no podrían perseguirla. Las aguas eran muy profundas, y los caballos se negarían a avanzar al no tocar fondo.

Dan deseó que ella llegase a tiempo de huir. Por unos instantes le pareció que iba a conseguirlo.

Pero los dos jinetes rieron, ahora estruendosamente. Uno de ellos descolgó el lazo de su silla y lo hizo oscilar por encima de su cabeza.

Debía ser un verdadero campeón, y si no, le faltaba muy poco. Su lanzamiento fue maestro.

La cuerda silbó en el aire, y justo cuando la muchacha alzaba uno de sus brazos sobre el agua, el lazo se lo apresó. Bruscamente, se sintió izada hacia arriba.

Ahora ya el golpe era más fácil. Un segundo lazo se abatió sobre su cuerpo.

Apresada de ese modo, la muchacha no podía resistir. Se sintió arrastrada fuera del río por una fuerza que era muy superior a la suya. Gritó desesperadamente, pero sabiendo ya de antemano que

nadie la oiría.

Los dos hombres reían estruendosamente.

El juvenil cuerpo de la muchacha, ahora ya casi del todo al descubierto, resultaba más sugestivo y tentador a la luz plateada de la luna.

Dan se dio cuenta de lo que iba a ocurrir, y rechinó los dientes, pero aquellos tipos eran dos, y en su «Derringer» no quedaba más que una sola bala.

No lo pensó, sin embargo. Aquellos buitres no sabían si sus dos cañones estaban cargados o no.

Surgió de entre las sombras y gritó con voz ronca:

—¡Quietos!

Los dos se volvieron, sorprendidos, como si hubieran oído a su espalda el silbido de una serpiente. Vieron los dos cañones del «Derringer» y vacilaron un momento.

—¡Soltad ese lazo!

Se dieron cuenta de que era un hombre sólo el que les amenazaba, y además un tipo con aspecto de vagabundo. Su orgullo, y el deseo de impedir que su presa escapara, les obligó a no rendirse.

Mientras uno de ellos fingía obedecer, fue a sacar el «Colt» que colgaba de su costado.

La última cosa que hizo en esta vida.

Dan disparó sin vacilar su única bala, y le voló la cabeza. Vio que el otro jinete, aprovechando el momento, se le arrojaba encima.

Con un movimiento reflejo, Dan apretó el gatillo de nuevo. Era una tontería, porque así demostraba además a su enemigo que ya no le quedaban más balas. Pero era tarde para evitarlo. Dan lanzó una maldición cuando un sonoro «tlic» saltó al aire.

Su enemigo no había tenido tiempo de sacar el revólver aún, porque su caballo iba lanzado. Pensó que sería mejor aplastar a aquel vagabundo antes de perforarle la piel a balazos. Pero Dan era más ágil de lo que aquel tipo creía, y esquivó la acometida saltando de costado en el último momento. Mientras su enemigo, desorientado, trataba de dar media vuelta y sacar el revólver, Dan atacó a su vez.

Movió su brazo derecho, sujetó a su enemigo por una bota y lo alzó brutalmente. El cuerpo del jinete dio una aparatosa vuelta de

campana, cayendo de la silla.

No llegó a tocar el suelo, sin embargo, porque Dan ya le esperaba con sus puños preparados.

Dos terribles impactos hicieron que aquel individuo se levantara de nuevo en el aire. Cuando caía, un espantoso «upper-cut» le destrozó la mandíbula y le hizo lanzar un alarido de dolor.

Mientras Dan iba a castigarle de nuevo, la muchacha había corrido hacia sus ropas y se estaba cubriendo con ellas. Oyeron entonces el ruido de un caballo que se aproximaba al galope.

Dan no estaba en situación de esperar a ver qué ocurría. De un salto se ocultó entre la espesura, mientras Lilian miraba hacia el frente. Apenas unos segundos después, aparecía el *sheriff* Colbert montado sobre su caballo.

—He oído un disparo. ¿Qué ocurre aquí?

Vio al muerto y al otro tipo, caído en tierra, y lanzó un respingo.

—¿Qué es eso, Lilian?

—Han…, han intentado atacarme.

—¿Qué estabas haciendo?

—Me bañaba en el río.

Colbert sonrió torcidamente.

—¡Vaya! ¿Y quién te ha salvado?

—No…, no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

Lilian había visto perfectamente a Dan, pero prefería no mencionarle. Así no le comprometería.

—Ha sido todo muy rápido y sólo he visto sombras.

—De acuerdo, de acuerdo. De todos modos te ha salvado de una buena. Y queda uno vivo, ¿eh? A ver, hermanito.

Levantó al caído, tras apearse de su caballo. Notó que apenas se tenía en pie.

—Te gustan las gallinitas, ¿eh? —masculló Colbert—. Muy bien, yo conozco un remedio para quitar esa clase de fiebre. Vas a remojarte.

—¿Qué… quiere decir?

—¡Al río!

—Pero…

—¡Al río!

El otro obedeció aturdidamente. Pensó que estaría salvado si

lograba llegar a la otra orilla.

Se introdujo en el agua, seguido por la mirada divertida del *sheriff*. Pronto el líquido le llegó a la cintura, y luego al pecho. El tipo empezó a vacilar.

—El agua es aquí muy profunda. Más que en otros sitios del río.

—¡Sigue!

—¡No sé nadar!

—¡Sigue!

El otro continuó. Pronto el agua le llegó hasta la boca. El *sheriff* empezó a reír.

—¡Adelante! ¿A qué esperas?

—Le he dicho que no…, ¡no sé nadar!

—¡Ya aprenderás! ¡Adelante! ¡Sigue o disparo!

El otro se dio cuenta de que Colbert no bromeaba. Avanzó un paso más y entonces se encontró perdido. Su boca se hundió en el agua. Lanzó un estertor mientras tragaba angustiosamente.

—¡Déjalo! —chilló Lilian—. ¡Déjalo ya!

—Es demasiado tarde —murmuró el *sheriff*—. ¿Qué culpa tengo yo de que ese imbécil no sepa nadar? ¡Me lo podía haber dicho antes!

Vio que el hombre aullaba, estremeciéndose loco de terror, hasta que los aullidos se transformaron en un gorgoteo siniestro. La corriente del río lo arrastraba hacia las zonas más profundas. Pronto se hundió del todo y rebrotó su cabeza un par de veces, movida por la desesperación. Al fin sólo quedó fuera su mano crispada, que se fue hundiendo lentamente.

El *sheriff* dijo con toda tranquilidad:

—Descanse en paz. Al menos no se quejará de que le he dado una muerte sucia.

—¡Ha cometido un asesinato! —gritó la muchacha—. ¡Un verdadero asesinato!

—He hecho justicia. Y si no fuera porque estamos tan cerca de tu casa, te aseguro que…

—¿Qué?

Lilian le desafiaba con los ojos, con la boca. Todo su cuerpo semidesnudo estaba tenso como un arco.

El *sheriff* sonrió e hizo un gesto despectivo, como el que espanta una mosca.

—Para toda habrá tiempo, princesa.

Tomó al otro muerto por una pierna y lo arrastró hasta el río, de modo que la corriente se lo llevase.

—Si alguien merodea por aquí tienes obligación de decírmelo —advirtió Colbert—. Me refiero al tipo que hizo el disparo.

—¡No sé quién es!

El *sheriff* miró en torno suyo. Vio entonces un objeto metálico que brillaba en el suelo y se inclinó para recogerlo.

Era el «Derringer» ya descargado que Dan había lanzado a tierra para golpear mejor a su segundo enemigo. El *sheriff* lo examinó de un lado y otro, meticulosamente.

—Vaya, vaya. ¿De qué conozco yo este arma?

—Usted sabrá. A mí todas me parecen iguales.

—Pues no lo son, princesa, no lo son. De todos modos voy a guardarlo. Y no te preocupes, porque volveremos a vernos.

Dio media vuelta y montó a caballo lentamente. Antes de alejarse giró su cuerpo sobre la silla, para mirar otra vez a la muchacha. Sus ojos oscuros siguieron uno a uno todos los relieves de su cuerpo.

CAPÍTULO VI

Cuando la muchacha volvió a la casa, Dan estaba en ella. El padre de Lilian seguía dormido y no se había enterado de nada. La mestiza lanzó un suspiro de desaliento.

—Gracias —musitó—. De no ser por usted, no sé qué habría ocurrido.

—No me las dé. Había venido aquí a pedir ayuda.

—¿Se ha fugado de la cárcel?

—Sí.

—Termine de entrar y siéntese donde pueda. Mi padre no despertará hasta mañana. La borrachera que ha cogido al anochecer ha sido de las de campeonato. ¿Cómo se llama?

—Dan. Y pretendo que…

—… Que le oculte aquí un par de días, mientras el *sheriff* busca por otro sitio, ¿verdad? No digo que no lo haga, pero voy a darle antes un consejo. Lárguese a toda velocidad y quizá salvará así la piel. Tiene toda la noche de ventaja.

—Lo sé, pero el caso es que no quiero irme lejos de aquí.

—¿Por qué?

Dan sonrió lejanamente.

—Llámelo un compromiso moral. No sé cómo explicárselo. Y no soy más que un mal bicho, pero hasta ahora no había causado la muerte de nadie. Era la única satisfacción que tenía… De pronto me di cuenta de que un hombre había muerto por mi causa. Decidí entonces averiguar lo que había ocurrido, y al menos intentar vengarle.

—¿Murió en Libreville?

—Sí. Se llamaba Riley.

Ella lanzó un silbido, mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Agitó luego la mano derecha.
—Menos mal que no lo vi, pero fue espantoso. Dicen que la gente lo arrastró por la calle y lo pateó hasta llegar al árbol. Estaba ya medio muerto cuando lo colgaron. Algunos salvajes mostraban orgullosos sus ropas manchadas de sangre. A veces he pensado que esta tierra está maldita.
Dan cabeceó lentamente.
—Aquí la vida es barata —susurró—. Casi podría decirse que no vale nada. Entre las marismas, al abrigo de las ramas, cohabitan las bestias y se reproducen por millones. Los hombres y las mujeres hacemos lo mismo. No nos damos cuenta, pero aquí todo es más natural, más salvaje. Todas las cosas, incluso el color verde de las hojas, la mullida hierba y el calor llaman al instinto, y eso es peligroso. Muchas chicas como tú ya han sido madres tres y cuatro veces. ¿Consecuencias? Si la gente nace, no importa que la gente muera. La tragedia del Sur siempre ha sido ésa.
Lilian se encogió de hombros. Aquello no le importaba, puesto que ella también formaba parte de aquella naturaleza primitiva. Dio unos pasos, marcando bajo la luz las rotundas formas de su cuerpo, y luego se volvió hacia Dan.
—¿Era amigo tuyo ese tal Riley?
—No. Más bien, enemigo.
—¿Y por qué quieres vengarle entonces?
—Ya te he dicho que es un asunto muy personal.
—De acuerdo, de acuerdo. ¡Pero también tiene gracia! ¡Querer conquistar a la mujer del *sheriff*!
—Tal vez no quería hacerlo.
—Las pruebas cantan.
—¿Quién los encontró?
—El *sheriff* mismo. Y además ante testigos. Iba con un amigo.
—Eso debía formar parte del plan —susurró Dan.
—¿Qué dices?
—Nada, nada. Continúa.
—Bueno, pues lo encontraron allí —dijo ella negligentemente, con esa inconsciencia propia de las personas demasiado jóvenes—. No sé si se besaban o no, pero estaban juntos en el dormitorio. Yo creo que gracias a estar aquel amigo allí, no mató Colbert a su mujer. Aquella situación era ridícula para él, lo comprendo. Sacó a

Riley a puntapiés de allí, sin dejarle hablar, y dijo que iba a ahorcarlo. Era lo único que necesitaban oír los podridos habitantes de esa podrida ciudad. Suelen decir que un año sin linchamientos es un mal año. —Lilian escupió ostensiblemente—. ¡Gentuza! El caso fue que el chico murió sin poder decir una palabra de disculpa.

—Si hubiese llevado documentos encima, quizá habría sido distinto —farfulló Dan.

—Sí, desde luego.

—Y si entre esos documentos hubiese habido un reconocimiento como agente federal, más aún.

—¿Es que era un federal?

—No lo sé —mintió Dan—. En todo caso pienso que debía ser un novato.

—Debes tener mucho interés en vengarle si no aprovechas para huir. Piensa que con ello te juegas la vida. Mañana será demasiado tarde.

—Lo sé.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Te daré algo de cenar —dijo inesperadamente—. Tienes un aspecto muy desnutrido. ¿Cuántos días piensas estar aquí?

—Sólo uno o dos, para no comprometerte.

—No te preocupes. Si el *sheriff* me persigue ya por una cosa, ¿qué más da que me persiga también por otra?

—De todos modos procuraré no aceptar tu ofrecimiento. Colbert es un tipo demasiado peligroso. Y persigue a las otras chicas a pesar de estar casado, ¿no?

—Es un cerdo.

—¿Qué tal su mujer?

—Le lleva algunos años, pero aún es bonita. De todos modos, tengo la sensación de que nunca le gustó. Ella es demasiado refinada, demasiado elegante. A Colbert le gustan las potrancas salvajes. Para él, el amor es una especie de batalla.

—¿Por qué se casó entonces con ella?

Lilian rió.

—Porque tiene muchísimo dinero.

—¿De modo que es rica?

—Su padre es un industrial del Norte. Mejor dicho, lo era, porque murió hace poco en Chicago. Ganó un fortunón durante la

guerra civil; fabricaba cañones, fusiles y hasta barcos. Creo que dejó montañas de billetes detrás de él. Y Patricia era su única hija.

—¿Cómo se casó, entonces, con un modesto *sheriff* de una ciudad del Sur? El *sheriff* de Dodge City, por ejemplo, es un personaje. Pero el de Libreville… ¡puaf! Dime, ¿cómo se casó con él?

—Cosas de esta tierra. Tú mismo has dicho que invita al amor. Ella debió sentir cosas extrañas, y Colbert, hay que reconocerlo, no es un mal tipo. Entonces resultaba incluso atractivo. Además, ella se conservaba bien, pero ya era viuda.

—¡Ah!

—Una viuda muy reciente. Cuando apareció por aquí aún vestía de luto.

—Comprendo.

—Imagino que ella es una casquivana —dijo Lilian, mientras arrojaba unos pedazos de tocino a la sartén—. Permitía demasiadas confianzas a la gente de la ciudad, hasta que Colbert decidió encerrarla en casa y no dejarla salir. Y ahora eso. Un fugitivo de la cárcel en su casa. Es para morirse.

Dan hubiera podido decir unas cuantas cosas a propósito de aquello, pero pensó que era mejor callar por el momento.

—Oye —dijo—; a mí no me ha parecido que Colbert vaya sobrado de dinero. Y si su mujer es tan rica…

—Por lo visto, no ha cobrado aún la herencia de su padre. Ella tiene unas rentas, pero el dinero fuerte, el gran capital, está en un Banco del Norte, a disposición de Patricia. ¡Y ella nunca quiere ir a retirarlo! Supongo que ésa es otra de las cosas que saca de quicio al *sheriff*. Se casó con una mujer que le apasionaba sólo para ser rico, y ahora no tiene ni dinero ni mujer. De todos modos, le está bien empleado.

Echó unos frijoles sobre la sartén. Un aroma apetitoso empezó a extenderse por la estancia.

—Me ayudas demasiado, Lilian.

—Tú también me ayudaste a mí el otro día, ante el hotel. Y hoy has vuelto a hacerlo. Anda, come.

Le ofreció, además, un vaso de vino. Dan comió con apetito, mientras Lilian le observaba en silencio. Al terminar con aquel plato se sintió mejor. La gran debilidad que le había dominado hasta

entonces, fue disipándose.

—Ahora tiene que descansar —dijo ella.

—¿Dónde?

—Conmigo no, naturalmente.

—No pido tanto.

—Es que entonces no descansarías, hermanito. Ahí tienes una manta, sobre la cual te puedes tumbar en el suelo. No dormirás mal del todo.

—¿Y qué diré mañana a tu padre?

Ella le tendió una botella llena de ron.

—Le dices que has venido a traerle esto, y ya no te preguntará más. A partir de ese momento, seréis amigos de toda la vida.

—Veo que resulta un hombre muy tratable.

—Con una botella en la mano, no te lo puedes ni imaginar.

Dan tendió en el suelo la manta que ella le había ofrecido y, tras quitarse las botas, se estiró sobre ella. Lilian le miraba desde su cortina con una expresión indefinible.

—Oye, Lilian.

—¿Qué?

—Suponiendo que Riley, el muerto, fuese un federal, ¿a qué habría venido aquí?

—No tengo idea.

—¿Qué tal es Colbert como *sheriff*?

—Implacable, ya lo has visto. Pero no demasiado inteligente. A veces se le escapan cosas.

—¿Qué cosas?

—Ha habido un par de crímenes inexplicables por aquí. Gente que desaparecía de repente. Claro que todo eso son rumores. No tienes que hacerme caso.

—¿Es que ronda un asesino suelto por aquí?

Ella sonrió enigmáticamente.

—Tú has dicho antes que las tierras del Sur son las tierras del amor, y yo te diré algo más: También son las tierras del misterio. Pero no pienses en ello. Buenas noches y sueña con todas las mujeres que te dé la gana, menos conmigo. Como te acerques, te doblo de un taconazo.

—Muy amable por tu parte —dijo Dan—. Cuando hay colaboración, da gusto.

Y cerró los ojos, intentando dormirse. Pero sabía que le iba a ser imposible. Habían sucedido demasiadas cosas en poco tiempo, y los recuerdos llegaban a aturdirle.

Pero la calma de la noche del Sur era maravillosa. Sólo se oía el cantar de los grillos y los mil rumores silvestres de la naturaleza. De vez en cuando, el borracho que estaba junto a él, daba la nota discordante con un ronquido.

De pronto Dan se incorporó, con todos los sentidos en tensión, mirando frente a sí la oscuridad que parecía cargada de presagios.

Estaba seguro de que había alguien allí, fuera de la cabaña. ¡Alguien que les estaba acechando!

Oyó unos pasos que se alejaban rápidamente, pero como a saltos. Dan no lo comprendía. Tenía la extraña sensación de que era un animal el que se alejaba, pero un animal con calzado de hombre. Fue a salir y entonces escuchó aquella risa estremecedora, alucinante, aquella carcajada que helaba la sangre y que se iba perdiendo poco a poco en la lejanía.

Capítulo VII

El *sheriff* Colbert entró en su oficina lanzando maldiciones a la mañana siguiente. Había buscado al fugitivo con unos cuantos voluntarios, revisando todos los lugares donde pudo haberse escondido, pero sin resultado alguno. A Colbert no se le ocurrió que él pudiera estar en la cabaña de Lilian; creía que la muchacha ni siquiera se había enterado de nada.

—Ya debe haber atravesado los límites del territorio —masculló, mientras penetraba en su oficina.

Vio entonces, con sorpresa, que allí le aguardaba un hombre.

Un tipo joven, alto, con dos revólveres en las fundas y dos ojos grises y crueles en una cara que parecía tallada en piedra.

Colbert no estaba de humor para recibir visitas. Masculló:

—¿Quién es usted?

El otro hizo bailar en su mano derecha una placa.

—Soy un enviado del Gobierno Federal.

—Uno de esos pistoleros del Gobierno. Conozco bien su fama. ¿Y qué es lo que quiere?

—He de hablar con usted. Uno de mis compañeros desapareció por esta zona hace poco tiempo.

—¿Y a mí qué me cuenta?

—No le cuento nada; al contrario, quiero que me cuente cosas usted a mí. El federal de que le hablo pertenecía a mi grupo, es decir, yo era su jefe. Me lo habían enviado recién salido de la escuela y era un novato, aunque tenía buenas cualidades. Le encargué que investigara unas misteriosas desapariciones que se habían producido por aquí.

—La verdad, no sé de qué me habla. A Libreville no vino ningún federal.

—El guardaría el secreto, como es lógico. Nosotros no decimos quiénes somos si no es estrictamente necesario. ¿Vino por aquí algún desconocido en los últimos días?

—Sí, uno.

—¿Y qué fue de él?

—Lo linchamos.

El federal arqueó una ceja.

—¡Vaya! ¡Un método rápido de hacer justicia! ¿Y por qué?

—Huyó de la cárcel y además quiso seducir a mi mujer.

—Entonces seguro que no era Riley —dijo el otro pensativamente—. Con una mujer casada él no se hubiera atrevido nunca. ¿Llevaba documentación?

—No.

—Tampoco podía ser Riley. ¡Él era tan cuidadoso en esas cosas! ¿Y quién más ha venido por aquí?

—Un fulano que ha escapado de la cárcel. Precisamente lo estábamos buscando.

—¿Cómo es?

—Alto, moreno, muy fuerte. Es un verdadero campeón. Tiene los ojos muy claros.

—Entonces tampoco es Riley; él los tenía oscuros.

Colbert se sentó tras la mesa y extrajo de un cajón una botella de *whisky* y dos vasos.

—Se me ocurre una idea. A su amigo puede haberlo hecho desaparecer el individuo que andamos buscando. He estado haciendo memoria, y ahora recuerdo dónde he visto antes su cara. Ese pájaro tiene muy malos antecedentes. Le llaman Dedos de Plata, aunque su verdadero nombre es Dan. Tiene tal habilidad que es capaz de robarle a usted la camiseta sin quitarle la camisa. Logré enchironarle, pero ha escapado de la cárcel todavía no sé cómo.

—Dedos de Plata por aquí… Vaya, ésa sí que es una noticia. No tiene fama de asesino, sino solamente de ladrón, pero puede que, en efecto, haya hecho desaparecer a Riley. Investigaré.

—¿Va a ayudarnos a buscarlo?

—Claro que sí. Y estoy seguro de que daré con él sin tardar demasiado. Yo no soy un ingenuo como Riley.

—Entonces celebro que esté aquí, amigo. A su salud. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—No lo he dicho aún. Mi nombre es Morgan.

Los dos bebieron en silencio unos instantes. Luego el federal musitó:

—Además de buscar a Riley, también haré lo que éste no pudo hacer: Investigar unas misteriosas desapariciones que se han producido en esta zona.

—¿Desapariciones? ¿De quién?

—De gentes que venían del Norte. Un hombre y una mujer.

—A mí nadie me ha denunciado nada.

—Lo creo, porque desaparecieron como si se hubiesen convertido en humo. Por aquí nadie supo nada, al parecer. Fueron sus familiares de Chicago los que se extrañaron ante la falta de noticias e hicieron una denuncia al Gobierno Federal.

—¿Y cómo se sabe que esas dos personas llegaron aquí?

—Tampoco se sabe, pero Libreville era el límite de su viaje. Pudieron llegar o no. Preguntaré a los vecinos.

El *sheriff* se encogió de hombros.

—Pregunte lo que quiera, por supuesto, pero todos le dirán lo mismo que yo. En los últimos años no se ha presentado nadie procedente del Norte. ¿Dijeron esos familiares a quién querían ver los desaparecidos?

—No. Por lo visto era una especie de secreto. Eso no hemos podido aclararlo.

El federal Morgan se puso en pie, después de beber un segundo vaso de *whisky*. Dio unos pasos por la habitación.

Una pared del despacho estaba llena de pasquines. Algunos de ellos estaban tachados en rojo, con dos trazos en forma de «x».

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Los tachados son los reclamados que han muerto aquí.

—Pues no hace usted mal trabajo, *sheriff*. Veo que hay tres.

—Mi método siempre ha sido la justicia rápida, sin complicaciones y sin problemas. Los muertos no reclaman.

—Veo que uno de los tachados es Bunlop. ¿Lo liquidaron aquí?

—Sí, de cuatro balazos. Y luego arrojamos su carroña al río. Era un monstruo que no merecía vivir y no merecía tampoco la saliva que se gasta en un juicio legal. En cuanto le echamos el ojo encima…, ¡a muerte! ¡Yo no pierdo el tiempo! ¿Sabe cómo asesinaba Bunlop?

—Sí —dijo el federal—. Claro que lo sé. La primera mujer a la que asesinó era una bailarina, y Bunlop se robó una media de seda. El muy buitre tenía predilección por las chicas finas. Desde entonces, a todas sus víctimas las estranguló con esa media.

—Y nosotros lo arrojamos al río con ella. ¡Ja, ja, ja! Si se queda por aquí va a escuchar cosas muy divertidas, Morgan. Y ahora, ¿quiere otro trago antes de que empecemos a buscar a ese granuja de Dan?

* * *

Dan había salido de la cabaña de Lilian para investigar en torno a ésta.

No le gustaba estar encerrado allí, mientras quizá los hombres del *sheriff* se distribuían por los contornos. Quería vigilar y ver si alguien se acercaba a aquella zona.

Dio una larga vuelta, trepó a una colina y examinó los contornos. No se veía a nadie por las cercanías.

Estuvo un rato oteando el horizonte, mientras pensaba que no había adelantado gran cosa en su propósito de vengar a Riley.

Al contrario, era él quien estaba en apuros y quien corría el riesgo de que lo liquidasen también.

Pensó en todos los acontecimientos últimamente sucedidos, en las extrañas circunstancias que los rodeaban, y no se dio cuenta de que pasaban las horas. El sol estaba muy alto cuando creyó notar algo que no era normal. Es decir, no era anormal tampoco, pero no recordaba haberlo visto antes.

Una pareja de buitres que sin duda iban de viaje hacia tierras más altas, empezó a planear casi de repente descendiendo en picado sobre un punto de la espesura.

«Debe haber algún animal muerto», pensó Dan.

Trató de no pensar en ello, puesto que al fin y al cabo no tenía importancia, pero de pronto se le ocurrió pensar que quizá el muerto fuera un hombre. ¿Y si el cadáver llevaba encima un revólver y municiones? Ambas cosas a él le hacían mucha falta.

No costaba nada probar.

Fue en la dirección en que había visto planear a los buitres, dando un largo rodeo. Entonces vio entre la espesura, en un claro de ésta, algo que le heló la sangre en las venas.

Los dos buitres echaron a volar al verle. Otros más pequeños que parecían acechar sobre las ramas cercanas, también emprendieron una huida perezosos, lanzando graznidos.

Dan se detuvo.

Desde luego la situación era para impresionar a cualquiera, por poco sensible que fuese. Las alimañas nocturnas, al parecer, habían desenterrado en parte un cadáver, cuyo brazo descarnado asomaba por entre la tierra removida. Los buitres, incapaces de realizar aquella tarea, habían estado tratando de encontrar alimento allí. Las repugnantes y viscosas evoluciones de sus alas aún parecían herir el aire.

A Dan no le hacía ninguna gracia aquella situación, pero pensó que podía estar relacionada de algún modo con Riley.

Si él era un federal y había venido a Libreville a investigar, ¿no podía ser algo relacionado con aquella o aquellas muertes?

Venciendo su repugnancia, avanzó. Vio sobresalir entre los matojos el extremo de una pala herrumbrosa. Sin duda la había abandonado allí el que abrió la sepultura.

Eso aún acentuó más las sospechas de Dan. Uno que abre una sepultura legalmente, sin tener que esconderse de nadie, no abandona luego su pala como si quisiera ocultar las huellas.

Dan la tomó, y vio que la herramienta aún estaba en relativo buen uso. El óxido no la había atacado por completo, lo que indicaba que llevaba allí poco tiempo.

El joven la empuñó y empezó a extraer la tierra blanda que cubría aquel cuerpo.

Pronto el hedor se hizo intolerable. Aquel cadáver estaba en los peores momentos de su descomposición. Dan tuvo que desligarse el pañuelo que llevaba al cuello y anudárselo sobre narices y boca para poder seguir con aquella tarea. Afortunadamente la fosa era poco profunda y acabó pronto.

Vio con sorpresa que no era un solo cadáver, sino dos. Debían llevar enterrados cerca de un mes.

A pesar de su espantoso aspecto, se distinguía perfectamente que habían sido un hombre y una mujer. Llevaban ropas de buena calidad, y en éstas aún se marcaban los orificios de las balas. Eran orificios grandes, de salida, lo cual indicaba que los orificios más pequeños, los de entrada de los proyectiles, estaban en la espalda.

Los habían matado a traición.

La violenta sospecha se hizo aún más intensa en el ánimo de Dan. Era evidente que se trataba de dos asesinatos, y le parecía cada vez más probable que Riley hubiera sido el encargado de investigarlos. Las ropas de los dos cadáveres indicaban que se trataba de gente qué no vivía en el Sur ni en una zona agrícola. Eran telas elegantes y poco prácticas, de gente de ciudad. Una doble muerte ocurrida tan lejos de sus domicilios podía convertir aquello en delito federal, aparte de que eran los federales, generalmente, quienes se encargaban de investigar todas las desapariciones. Cada vez parecía más seguro, pues, que Riley había sido encargado de aquello.

Y Dan se apresuraba a cubrir de nuevo los cadáveres, porque ya no podía soportar por más tiempo aquel hedor, cuando oyó la voz a su espalda:

—¿Contemplando tu obra, amiguito? ¿No tienes bastante con haberlos matado, que aún quieres verlos de vez en cuando?

CAPÍTULO VIII

Dan se volvió lentamente, con los brazos semialzados. Aparte de no llevar armas, daba por descontado que el que fuese le estaba encañonando ya al decir aquellas palabras.

Pensó que era el *sheriff* Colbert.

«Me ha atrapado», pensó.

Pero al volverse vio con sorpresa que el que le estaba encañonando era un desconocido. Se trataba de un tipo alto, de facciones recias, cuyos ojos grises y crueles le miraban fijamente.

Aquel tipo preguntó con voz helada:

—Suelta tus armas o dispararé.

—No llevo.

—Si tratas de ocultar alguna, te juro que te barreno la cabeza. A ver, acércate.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Morgan y soy un federal.

—Veo que tiene buen olfato. Me ha encontrado antes que el *sheriff*.

—Yo estoy acostumbrado a buscar criminales, y Colbert sólo está acostumbrado a lincharlos. ¡No muevas las manos!

—No trataba de defenderme. ¿Es usted amigo de Riley?

—¿Conoces su nombre, eh? ¿Por qué?

—Es largo de contar.

—¡Y tan largo! Me parece que vas a tener que darme más explicaciones de las que crees.

—No tengo ningún inconveniente. Y en cierto modo me alegro de que me haya encontrado.

—¿Sí, eh?

Era evidente que el federal desconfiaba. Dan se acercó,

pensando que lo mejor en aquel caso era no ofrecer resistencia.

Pero Morgan resultó un tipo más expeditivo de lo que él calculaba. Acostumbrado a tratar con los peores criminales, era de los que utilizan el puño como primer argumento. Y así, cuando Dan se aproximó a él, le propinó un terrible culatazo en la frente y lo derribó por tierra.

Dan se medio incorporó, aturdido, sin comprender aquello. La culata del revólver le había desgarrado la piel, y la sangre empezó a resbalar por sus facciones. Pero no estaba vencido y lo demostró poniéndose en pie de un salto.

Morgan movió ahora el puño izquierdo y se lo clavó en la mandíbula con terrible fuerza. El siniestro «craaac» del hueso se escuchó a varias yardas de distancia.

—¡Vas a decirme todo lo que sabes, maldito perro! ¡Y vas a decírmelo ahora!

Dan no pudo contenerse más. No estaba acostumbrado a que lo trataran así, y su sangre hirvió violentamente. Un solo y terrible gancho de su derecha hizo volar a Morgan materialmente por los aires. En el rostro del federal se dibujó un gesto de dolor y de aturdimiento al mismo tiempo. Cayó de espaldas y lanzó una maldición, pero no empleó el revólver porque necesitaba cazar vivo a Dan.

Lentamente se puso en pie. Sus labios se distendieron en una sonrisa torcida.

—Creo que has empleado una táctica equivocada, amigo —farfulló—. A nadie le conviene tumbar por el suelo a Morgan.

—Usted me ha obligado a hacerlo.

—Podría dejarte seco aquí mismo y nadie me lo reprocharía.

—Lo sé. Y me pregunto por qué no lo hace.

—Quizá me interese cazarte vivo. Quizá necesite hacerte hablar.

—Yo no me he negado a hacerlo.

—¡Lo que tú quieres es ganar tiempo!

—Sin duda ha tropezado siempre con criminales peores que yo. Desconfía demasiado, Morgan.

—¡Desconfío porque tengo razón! ¡Los de tu ralea sois una pandilla de embusteros y cobardes!

Morgan ya se había puesto en pie. Sus ojos llameaban.

Volvió a mover la izquierda con una fuerza y una precisión que

Dan no esperaba. No se atrevió a rechazar el golpe porque el otro seguía amenazándole con el revólver, y además temía complicar las cosas. Dan cayó de espaldas pesadamente, mientras sentía como si una campana empezara a resonar en su cráneo.

—¡Maldito! ¡Te repasaré con mis espuelas! ¡Te convertiré en un guiñapo, perro miserable!

Los ojos inhumanos de Morgan brillaban como los de un loco. Dio un salto y se plantó materialmente sobre el joven. De un taconazo le clavó la espuela en uno de los muslos, haciéndole lanzar un aullido de dolor.

—¡Voy a marcarte la cara!

Dan sabía que aquel tipo era capaz de hacerlo e intentó cubrirse, pero en aquel momento resonó una voz a su derecha:

—¡Basta! ¡Si vuelve a tocar a ese hombre le vacío la cabeza!

Morgan y Dan se volvieron a un tiempo. Con gran sorpresa vieron ambos a una joven que acababa de surgir de la espesura, y que empuñaba en la derecha un «Colt». Iba muy bien vestida, con ropas de amazona perfectamente hechas y ajustadas. Tenía los ojos limpios y claros, y los labios eran intensamente rojos. Una turbadora cascada de cabellos de oro se derramaba sobre sus hombros.

Dan pensó: «¡Ahora sí que la he hecho buena!».

Acababa de reconocer a la extraña muchacha a la que encontró en la casa del *sheriff*, y a la cual había robado el «Derringer». Pensó que su presencia no hacía más que complicar las cosas.

¡Sólo faltaba que ahora, por allí, apareciese Colbert!

Pero los acontecimientos seguían un rumbo muy distinto del que él esperaba. Con gran sorpresa por su parte, oyó decir a la muchacha:

—Lárguese de aquí, Morgan.

El federal sonrió torcidamente.

—¡Vaya! ¿Me conoces, muñeca?

—He oído como decía antes su nombre.

—¿Entonces lo has visto todo?

—Todo absolutamente. ¡Y lo que he visto no me ha gustado ni pizca!

—Éstas no son cosas de mujeres. ¡Fuera de aquí!

—El que se va a ir fuera es usted, Morgan.

Una expresión de sorpresa se marcó en el rostro del federal. No entendía nada de aquello.

—¿Sabes con quién estás tratando, muñeca?

—Claro que lo sé. Y me he dado cuenta de que este tipo le hubiese tumbado a la primera caso de haber querido. Me he dado cuenta también de que lo que ha estado haciendo es ilegal. El detenido no ha opuesto resistencia. Al contrario, ha dicho que se alegraba de que lo hubiese encontrado.

—¡Todo eso son trampas! ¡Me las sé de memoria!

—Hay gente de muchas clases, Morgan, y me parece que usted ha tratado siempre la peor de todas. Quizá le convendría pensar que, de vez en cuando, le dicen la verdad. Y no me haga hablar más. ¡Largo de aquí! ¡Dentro de diez segundos quiero tener lejos su maldita cara!

Morgan rechinó los dientes. Achicó los ojos, con expresión de rabia, y se dispuso a hacer fuego.

No quería matar a la muchacha, pero sí deseaba arrancarle el «Colt» de entre los dedos. A aquella distancia, un disparo de esa clase no resultaba difícil para un experimentado tirador como él.

Pero la muchacha resultó más rápida.

Fuese porque ya esperaba aquello o porque había tenido buenos maestros con el «Colt», dio una buena sorpresa a Morgan y al mismo Dan, que lo contemplaba todo sin poder intervenir. Fue el revólver del federal el que saltó por los aires, sin que éste pudiera creerlo. Con un movimiento instantáneo trató de sacar el otro, el de la funda izquierda, pero otra vez la extraña muchacha se anticipó.

Sonó un segundo disparo, y el revólver saltó hecho pedazos antes de que el federal llegara a sacarlo de su funda.

Estupefacto, miró a la desconocida.

—No lo comprendo —farfulló—. ¿Quién eres?

—Eso no le importa a nadie. ¡Fuera!

Esta vez Morgan no se hizo repetir la orden. Comprendió que había perdido la partida.

Se acercó a donde estaba su caballo, montó en él y desapareció al galope.

Luego la muchacha guardó su revólver. Se había dado cuenta ya de que Dan iba desarmado.

El joven extrajo un pañuelo y se restañó la sangre que aún se

deslizaba por sus facciones.

—No esperaba esto —susurró—. La verdad es que después de lo que hice la otra noche…

—No he intentado ayudarte. Sólo quería evitar que aquel salvaje te matara. Me he dado cuenta de que no podías ni querías defenderte.

—Hubiera significado complicar las cosas aún más.

—Eres un ladrón, ¿no?

Dan abrió un poco los brazos, como disculpándose.

—Me llaman Dedos de Plata. Soy capaz de robar un fajo de billetes del interior de un calcetín sin que su dueño se quite la bota y sin que se dé cuenta.

—¿Quién te enseñó ese «arte»?

—No conocí a mis padres. El fulano que me recogió, y al que Dios tenga en su gloria, porque lo ahorcaron en Abilene hace tres años, se dedicaba a birlar bolsas y carteras. Cuando yo apenas había cumplido cinco años, ya le ayudaba en el «oficio».

—¿Y quién te enseñó a pegar? Atizas como un boxeador.

—Durante mi vida he conocido a gente de todas clases. Cierta vez serví de «saco» a un campeón.

—¿Qué es un «saco»?

—El tipo inexperto y torpón, pero con aguante, que sirve para que el campeón se entrene. Lo único que procura es cubrirse bien para evitar la lluvia de golpes. Así el campeón aprende a romper la guardia.

—¿Y tú recibiste muchos porrazos?

—Sí. Hasta que me fijé bien en cómo lo hacía aquel tipo. De pronto me puse a imitarle, y le tumbé a él. Así fue como aprendí.

—¿Qué hizo el otro?

—Quiso darme combates y ayudarme. Era un buen deportista y una excelente persona, pero yo preferí seguir siendo libre. Creo que nunca me había preocupado de pensar si lo que hacía estaba bien o mal. Era lo mismo que había estado haciendo toda la vida, y eso para mí bastaba.

Se volvió a restañar la sangre y susurró:

—Quizá sea ésta la primera vez que me lo pregunto.

La muchacha desvió la mirada.

—¿Y ese hedor insoportable? ¿Qué es?

—Parece mentira que no te hayas dado cuenta hasta ahora. Debías estar muy pendiente de la pelea para no haberlo visto.

Señaló la sepultura y los cuerpos que acababa de dejar al descubierto. La muchacha lanzó un grito y tuvo que taparse la boca, porque al instante se sintió acometida por una violenta arcada.

—Dios… ¡Dios mío!

Se acercó un poco al borde de la fosa, cubriéndose con los dedos la nariz y la boca, y miró los dos cadáveres. De pronto cerró los ojos.

—¿Los reconoces? —susurró Dan.

—No quiero hablar de eso ahora. Por favor, vuelve a cubrirlos.

—Eso es lo que iba a hacer cuando me sorprendió Morgan. Por favor, apártate.

La muchacha se hizo a un lado, situándose en un lugar adonde apenas llegaba el hedor, y vio en silencio cómo trabajaba Dan. Éste no sólo cubrió otra vez la fosa con tierra, sino que colocó unas piedras encima para que no pudiesen volver a abrirla las alimañas nocturnas.

Una vez hubo terminado, se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué piensas hacer ahora? —susurró—. ¿Denunciar que me has visto?

—Eso ya lo hará Morgan. Y es muy posible que pronto se presente una patrulla por aquí.

—Te agradezco mucho tu ayuda, pero por otro lado lamento que hayas aparecido por aquí. Morgan hablará en contra tuya. Te meterá en un buen compromiso, si puede.

—No podrá.

—¿Por qué?

—Porque soy la hija del *sheriff*.

Dan se quedó de piedra. Si ella llega a decirle que era la emperatriz de Rusia, no hubiera sentido tanto asombro.

—No es posible. Tú debes haber cumplido… —empezó a decir.

—Diecinueve años.

—Y el *sheriff* Colbert no debe tener más allá de treinta y cinco. Me parece increíble que seas su hija.

—Quizá no me he expresado bien. Soy su hijastra. En realidad mi madre es su esposa, que se casó con Colbert siendo viuda.

Dan recordó de pronto todo lo que le había explicado Lilian la

noche anterior. Aquello concordaba.

—Ahora me explico el que estuvieras en su casa —murmuró.

—Vivo ahora allí.

—¿Dónde vivías antes?

—En Chicago, con unos parientes. Mi madre me enviaba dinero para mi educación. Lo que nunca pudo suponer fue que, además de tomar clases de idiomas, también practicaba la esgrima y el tiro. Chicago está lleno de viejos pistoleros que enseñan su arte por unas monedas.

Hizo una seña e indicó la espesura.

—Debemos salir cuanto antes de aquí. Morgan no tardará en venir con refuerzos. A mí no me importa que me atrapen, pero contigo es distinto.

—Tienes razón.

Se introdujeron entre la espesura. A Dan todo aquello le parecía una especie de sueño demasiado hermoso para ser cierto. No comprendía aún por qué aquella muchacha había deseado ayudarle. Con voz ronca, mientras apartaban las ramas bajas con su cuerpo, preguntó:

—¿No has traído caballo?

—No. He venido a pie, para conocer todo esto.

—Aún no sé ni tu nombre.

—Me llamo Ingrid.

—Ingrid y tienes diecinueve años. Todo es demasiado hermoso para ser verdad. ¿Te das cuenta de la clase de tipo al cual has prestado ayuda?

—Te la he prestado porque quiero que tú me la prestes a mí.

—¿En qué sentido?

—Hay muchas cosas que no entiendo. He venido aquí para ver a mi madre y de repente me he encontrado en un ambiente extraño e increíble. Es como si esta tierra del Sur, tan hermosa de día, estuviera embrujada de noche. Tengo la sensación de que ocurren cosas que no tienen sentido.

—Yo también pienso lo mismo. Por eso me he quedado aquí en lugar de huir.

—Pues este juego es peligroso para ti. Por este lado del Sur, el primer argumento que se emplea es la horca. ¿Qué es lo que te ha impulsado a quedarte?

—Mataron a un hombre por mi culpa —confesó Dan.

Y mientras avanzaban, hundiéndose en la espesura más y más, explicó a Ingrid todo lo ocurrido desde el momento en que él, estando sin blanca en un saloon de una ciudad perdida, vio entrar a Riley con el fajo de los billetes marcado bajo la tela de su camisa. Desde aquel momento no había pensado más que en aclarar su muerte, y si era posible vengarle. Se sentía responsable de lo ocurrido.

—Lo malo —terminó— es que mis tiros apuntan hacia tu padrastro necesariamente. Hay muchas cosas que no comprendo de él.

—Yo tampoco —confesó Ingrid.

—¿Por qué se casó con tu madre?

—Imagino que por dinero.

—Y ella, ¿qué vio en un *sheriff* de una perdida ciudad del Sur? Acostumbrada a vivir en Chicago, ¿no le dolía renunciar a todo para hundirse en esta tierra salvaje?

—Supongo que se dejó conquistar por el embrujo de este país —susurró Ingrid lentamente—. En esta tierra parece como si todo te hablara de la pasión y del amor. Ella llevaba viuda bastante tiempo, y Colbert es un hombre atractivo. Debió parecerle que con su amor volvería a ser joven otra vez. Pero los matrimonios en que la mujer es más vieja que el hombre, raramente sobreviven a las pruebas que van trayendo los años.

—Sí —dijo Dan pensativamente—; el hombre suele ser infiel cuando ve que su esposa se marchita. Pero en esta ocasión parece ocurrir al revés. Colbert la acusa a ella. Siento decírtelo, tratándose de tu madre, pero es el rumor que circula por la ciudad. ¿Qué piensas tú de eso?

—No puedo pensar nada aún. Estoy como aturdida, y por eso me he quedado aquí. Mi madre siempre ha estado…, ¿cómo te lo diría yo?, un poco trastornada. Siente impulsos maternales hacia todo el mundo. Le gusta proteger a la gente. ¿Tú la conoces?

—Sí, la he visto una vez. Y tengo la sensación de que lo que dices aclara sus actos de entonces. Se la veía una mujer cariñosa; quería ayudarme y no sabía cómo hacerlo.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Nada. Me marché.

Ingrid se detuvo y le miró fijamente. Sus ojos fueron por un instante penetrantes y duros.

—¿Tienes algo que ver con ella? —preguntó con rudeza.

—No. Te juro que no.

—Muy bien, confío en tu palabra. Y confío también en que me ayudarás a resolver mis dudas.

Apenas había terminado la muchacha de pronunciar estas palabras cuando el trueno retumbó sobre sus cabezas.

La tempestad se desató como se desata siempre en las tierras del Sur, repentina y vehemente, inundándolo todo en unos momentos. Verdaderas cataratas de agua se desplomaron desde las nubes que habían llegado desde el horizonte en cuestión de minutos. Ingrid y Dan miraron hacia arriba y echaron a correr a toda velocidad, buscando un sitio donde cobijarse.

Lo encontraron poco después, afortunadamente. Consistía en una gruta rocosa y rodeada de vegetación, en la falda de una colina. Era muy pequeña y apenas cabían los dos, pero momentáneamente les sirvió de cobijo.

La tromba de agua se prolongó durante horas y horas, inundando todos los caminos. Eran frecuentes en el Sur las lluvias de aquella intensidad, pero no de aquella duración. Los dos permanecieron en silencio, viendo el agua caer, mientras la tarde oscurecía rápidamente. Hundidos en sus propios pensamientos, llegaron casi a olvidarse uno del otro.

Cuando las sombras habían caído casi por completo, Dan miró hacia donde estaba la chica y comprobó con sorpresa que ella se había dormido. Ingrid, a pesar de su audacia y de su decisión, no era más que una niña. Cansada de la larga caminata, su cuerpo se abandonaba, relajada y confiadamente. Dan sintió que le acometía una súbita ternura, algo que quizá no había conocido nunca, y fue a acariciarle los cabellos.

Pero de pronto se detuvo.

No, no tenía ningún derecho a rozarla. El no era más que un proscrito.

Cuando las sombras se hubieron hecho espesas del todo y el firmamento se tachonó de estrellas, Dan pensó que convenía despertarla. En su casa empezarían a estar intranquilos. Por otra parte, la lluvia había cesado ya tiempo antes.

Después de la tempestad, la noche del Sur se prodigaba con toda su mágica, con toda su misteriosa belleza.

Dan la llamó:

—Ingrid.

Ella se despertó sobresaltada.

—Acabo de dormirme, ¿verdad?

—Llevas varias horas dormida. Es de noche.

—No…, no lo comprendo.

—Debías estar muy cansada. Pero creo que debes volver a tu casa cuanto antes. Estarán intranquilos.

—¿Habrá salido Morgan en nuestra busca?

—No lo creo, con esta lluvia. Aunque ya ha cesado y los caminos pronto estarán transitables. ¿Vamos?

—Está bien; vamos.

La muchacha, al levantarse, tuvo como un estremecimiento de frío.

Echaron los dos a andar por entre las tinieblas. Los senderos por entre la espesura se iban secando rápidamente, porque la tierra chupaba golosamente el agua. Los dos sabían que estaban cerca de Libreville, pero sin embargo no distinguían las luces de la ciudad. Tenían la sensación de estar dando vueltas y vueltas en torno al mismo sitio.

De pronto distinguieron unos pequeños resplandores. Era Libreville.

—Más vale que vuelvas sola —susurró él.

—Desde luego. ¿Cuándo podré volver a verte?

—Mañana, si tú quieres. En este mismo sitio. Una hora buena pueden ser las siete. Es cuando empieza a oscurecer.

—De acuerdo, Dan. Hasta mañana.

Ella le estrechó la mano con naturalidad. Daba la sensación de que se conocían desde mucho tiempo antes, y eso, sin saber bien por qué, calmaba a Dan. Le gustaba el que ella fuese no sólo una mujer bonita, sino también una compañera.

Cuando la hubo visto perderse en la oscuridad, Dan regresó por los lugares donde la espesura era más impenetrable. Su camino sería así más largo, pero resultaría muy difícil que lo encontrasen. Por el camino recogió algunos frutos silvestres, ya que no había comido prácticamente nada en todo el día.

Pensaba regresar a la cabaña de Lilian, pero se estaba desviando. Trató de orientarse mirando las estrellas.

Y de pronto vio aquella luz entre la espesura. Una luz que parecía moverse.

CAPÍTULO IX

Dan se agazapó y escrutó mejor. Se dio entonces cuenta de que no se movía la luz, sino las ramas que la ocultaban parcialmente. Ahora un viento suave agitaba el follaje. Se trataba sin duda de una cabaña donde había alguien.

Su instinto aconsejó a Dan alejarse lo antes posible, pero la curiosidad le movió a acercarse. Podía encontrar alguna pista en el asunto que estaba desentrañando.

Poco a poco se acercó, sin hacer el menor ruido.

De pronto se detuvo, pegado al suelo. Le parecía haber oído risas de mujer.

Extrañado, se acercó aún más. Entonces oyó que también hablaba un hombre, un hombre cuya voz, espesa y ronca, le pareció desconocida.

Cada vez Dan se sentía más intrigado. Siguió avanzando, con los ojos puestos en aquella luz. Distinguía ahora claramente una cabaña de troncos, junto a un lago, donde seguramente no vivía nadie. Tenía una sola ventana, y por allí se distingan los leves resplandores del farol de petróleo.

También distinguió algo más: un carruaje muy fino y lujoso, con un hermoso caballo tirando de él. El caballo pacía tranquilamente la hierba fresca.

Dan estaba tan absorto en lo que veía que no se dio cuenta de que iba a pisar una vieja rama.

Puso el pie en ella y apoyó el peso del cuerpo. Cuando quiso retirarse ya era demasiado tarde. La rama se rompió con un «craaac» largo y sonoro, que debió captarse perfectamente desde la cabaña.

El joven lanzó una maldición en voz baja. La luz del farol se

extinguió inmediatamente.

Vio salir de la cabaña a una mujer. Iba completamente vestida, pero con las ropas quizá algo desordenadas. Dan no fue capaz de reconocerla, aunque su figura le resultó vagamente familiar.

Sólo unas yardas más adelante y habría podido verla a la perfección, pero ahora le estorbaban las ramas.

Ella montó en el carruaje, tensó las riendas y golpeó luego con ellas el lomo del animal. Un instante después se había perdido de vista por un ancho y pedregoso sendero. La ruta que llevaba era la de Libreville sin duda alguna.

Dan contuvo la respiración. Quedaba el hombre.

No había visto salir a nadie más, y por eso vigilaba la puerta. No imaginó que pudiera haber un sitio roto, por el que resultara fácil salir, en el otro lado de la cabaña.

De pronto distinguió aquella respiración espesa, ansiosa, a su misma espalda.

Sólo el agudísimo oído de Dan, acostumbrado a correr toda clase de peligros, le había salvado en esta ocasión. Se dejó caer a tierra mientras una especie de zarpa se desplomaba en el lugar donde antes estuvo su cuerpo.

Su desconocido enemigo había fallado el primer golpe, pero no fallaría el segundo. Dan se volvió con la velocidad de un animal salvaje, y encogió las piernas.

Lo hizo a tiempo.

Una verdadera masa con forma humana se abalanzaba ya sobre él. Dan le detuvo con sus piernas flexionadas y de pronto las disparó con la fuerza de una catapulta. El corpachón de su enemigo salió despedido por los aires, dio una vuelta de campana y se hundió entre la oscura vegetación.

Dan hubiera podido acabar fácilmente con él, caso de tener un revólver, simplemente batiendo con sus balas aquella zona de vegetación. Pero estaba desarmado.

Se puso en pie y entonces escuchó entre las sombras la carcajada de su enemigo. Era mitad risa de hiena y mitad de coyote. ¡Un sonido que Dan no había escuchado jamás!

¿Jamás?

De pronto todos sus músculos se pusieron en tensión. Recordó la noche anterior, cuando le había parecido que alguien se acercaba a

la casa de Lilian. Y recordó también el extraño sonido que había oído a través de las sombras.

¡Era el mismo!

Sin esperar la próxima acometida, y dándose cuenta de que estaba ante un enemigo muy peligroso, Dan resolvió cambiar de posición. Saltó de costado, se hundió entre la espesura y aguardó unos segundos. No tardó en ver pasar el corpachón de su enemigo a una yarda de distancia.

Dan tendió la pierna derecha y propinó a aquel tipo un terrible punterazo en el hígado. Sabía que el efecto de aquellos golpes era demoledor. En efecto, el gigantón lanzó un gruñido y cayó a tierra, agitándose espasmódicamente.

Con un salto hacia atrás, Dan intentó librarse de los disparos de aquel tipo, por si llevaba revólver. Pero su extraño enemigo no parecía ir armado, al menos con armas de fuego. Lo único que hizo fue gruñir y lanzarse de nuevo a la carga.

Dan vio por unos momentos su rostro borroso, sus ojos demoníacos que se salían de las órbitas.

Levantó ambas piernas y clavó las botas en aquel rostro. Vio retroceder a su enemigo, que gritó de dolor, mientras en su cara aparecían dos hilos de sangre.

Nuevamente Dan resolvió no esperar. Ante aquella especie de coloso, la agilidad era su mayor arma. Cambió de posición, saltó de repente y clavó sus dos puños, uno tras otro, en las sienes del desconocido. Éste se tambaleó, a punto de caer.

Dan empleó otra vez las piernas, ahora concretamente la derecha. Un terrible punterazo se clavó también en la misma sien de su adversario. Lo vio vacilar de nuevo.

Ahora Dan resolvió saltar sobre él e inmovilizarle contra el suelo. Le pareció que después de todo aquel «masaje» estaría ya bastante maduro. Pero se equivocaba de medio a medio.

Aquel tipo, además de ser una mole humana, tenía también una insospechada agilidad. Dio una vuelta sobre sí mismo, y los puños de Dan, que buscaban su cara, no encontraron más que la tierra. Golpearon rudamente contra ella, y el joven tuvo la sensación de que se había roto los nudillos. Lanzó una imprecación.

Su enemigo se había movido silenciosamente, como un reptil, a pesar de su volumen. Ahora volvía a estar a espaldas de Dan.

Éste vio entonces algo que volaba por encima de su cabeza. Algo que iba a ceñirse a su cuello.

Inmediatamente, como en un relampagueo, se dio cuenta de lo que era. ¡Una media de seda!

Es increíble la resistencia que tiene un tejido tan fino y tan suave. Dan sabía que, si aquello rodeaba su cuello, lo estrangularían sin remisión. Se echó hacia atrás, hurtando la cabeza, y las manos del estrangulador se cruzaron delante de sus ojos. El lazo fatídico apretó el vacío inútilmente.

Dan aprovechó aquellos segundos. Se volvió con la rapidez del rayo y golpeó hacia atrás con los puños enlazados. El sordo y brutal impacto debió repercutir en todo el cráneo de su enemigo, porque éste puso los ojos en blanco. Dan le golpeó ahora en el cuello, con el canto de la mano, para cortarle la respiración.

Lo consiguió. Aquel golpe hubiera matado a otro hombre, pero no acabó con éste. Lanzaron un gruñido gutural, de fiera acorralada, se volvió velozmente y trató de huir. Debía pensar que Dan era un enemigo demasiado temible.

El joven intentó saltar sobre él, para atraparle, pero una zona llena de matorrales, y durante la noche, no es el mejor sitio para perseguir a un tipo que se escabulle. Dan, que no conocía el terreno, tropezó dos veces, se aplastó la cara contra el tronco de un árbol y al fin comprendió que debía abandonar la partida por el momento. Jadeando ruidosamente, se mantuvo quieto hasta recuperar poco a poco el ritmo de la respiración.

Todo había vuelto a quedar en silencio.

El manto de la noche cubría la vegetación espesa, absorbente, dando la sensación de que jamás había sido hollada por un ser humano.

Dan avanzó hacia la cabaña. Encontró a tientas el farol de petróleo y lo encendió, aun a riesgo de constituir un buen blanco para un balazo de su enemigo. Luego miró en torno suyo.

La cabaña, a pesar de estar abandonada y llena de agujeros, resultaba un refugio relativamente bueno para una cita sentimental. La hierba había crecido en su interior. El farol de petróleo era nuevo, lo cual indicaba que lo había traído uno de dos que se reunían allí, la mujer probablemente.

Dan quedó sumido en profundas meditaciones. Intentaba ver de

nuevo la figura femenina al huir hacia el carruaje. Trataba de precisar sus recuerdos.

Pero le fue imposible.

Extinguió de nuevo la luz del farol y regresó poco a poco a la casa de Lilian. Pero ahora lo hizo siguiendo la línea del río y por terreno lo más despejado posible. No se atrevió a meterse otra vez en la espesura.

CAPÍTULO X

El carruaje avanzaba poco a poco por el camino bordeado de vegetación. Brillaba de nuevo un sol rutilante y volvía a hacer calor, pero a causa de la lluvia de la noche pasada no había en el aire una mota de polvo. La belleza del Sur resplandecía más que nunca está tranquila mañana.

El hombre que conducía aquel carruaje iba bien vestido. Llevaba ropas de ciudad que pronto empezarían a molestarle a causa del calor. Se notaba a muchas millas que no era un tipo que estuviese acostumbrado a vivir en aquella tierra.

En una curva del camino tuvo un mal encuentro. Un negro avanzaba lentamente, llevando sobre su hombro derecho una guadaña.

El tipo del carruaje frenó y lanzó un respingo.

Por un momento tuvo la sensación de haberse encontrado con la mismísima muerte.

—¿Qué le pasa, señor? —preguntó el negro con voz lánguida—. ¿Se ha asustado su caballo?

—El que me he asustado he sido yo.

El negro rió, mostrando dos filas de sanos y fuertes dientes.

—Ah, ya comprendo. La guadaña. Hay personas que le tienen manía. Siento haberle asustado, señor.

—¡Eh, no se vaya!

El negro, que ya iba a alejarse, volvió.

—¿Qué ocurre, señor?

—¿Está muy lejos Libreville?

—¿De veras quiere ir allí?

—¿Y por qué no? He dejado el tren no sé dónde y he alquilado este carruaje. Tengo la sensación de que llevo semanas enteras por

estos caminos que son todos iguales. ¡Y aún pregunta si quiero ir a Libreville! ¡Lo que deseo es terminar de una vez con este maldito viaje! ¡Dichoso Sur! Dígame: ¿me falta mucho?

—Una hora, señor, sin forzar su caballo. Siguiendo este mismo camino encontrará la ciudad.

El hombre hizo con su sombrero un ceremonioso saludo al que el negro, sin duda, no debía estar acostumbrado.

—Gracias —dijo solemnemente.

Se adivinaba en seguida que era un hombre de negocios del Norte. Llevaba incluso una gruesa cartera colocada en el asiento, a su lado. Lo que no se comprendía era qué podía buscar en Libreville un tipo así. A aquellas tierras del profundo Sur no llegaba de tarde en tarde más que algún viajante; los dueños de los negocios, jamás.

Pero aquel hombre parecía muy decidido. Siguió avanzando, y media hora después tuvo otro encuentro.

Pero éste fue muy distinto. Un jinete a caballo avanzaba en dirección contraria. Iba bien vestido y llevaba un revólver y una estrella sobre la camisa.

El *sheriff* Colbert se detuvo, mirando a aquel extraño viajero. Y el del carruaje también le miró a él.

Al fin Colbert exclamó:

—¡James…!

—¡Diablos, creí que no me reconocerías!

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¡Uf, ni yo mismo lo sé! ¡Estas tierras del Sur son complicadísimas! He tenido que alquilar este carruaje y depositar una fianza. Por cierto, ¿cómo está Patricia?

—Muy bien.

Los dos hombres se habían detenido. Luego el *sheriff* colocó su caballo a la altura del carruaje, y siguieron avanzando, ahora uno junto al otro.

—Yo hacía mi ronda —explicó Colbert—. Estoy buscando a un individuo llamado Dan Dedos de Plata. Tú no le conocerás, claro.

—Yo no conozco a esa clase de gente. Y te compadezco por tener que ir detrás de ella.

—Es un oficio como otro cualquiera. ¿Tú qué haces en Chicago?

—Me dedico a representación de aceros. Un buen asunto.

—Se nota por tu aspecto que las cosas van viento en popa.

—Claro que sí, muchacho, pero siempre hace falta más dinero. Más y más. En el Norte la competencia empieza a ser muy dura. O tienes más dinero que tus rivales o éstos te aplastan. Por eso he venido aquí.

—¿Aquí a buscar dinero? No gastes bromas.

—Quiero hablar con Patricia.

—Hombre, eso nadie te lo impide.

—Verás. El asunto es un poco delicado. Yo soy rico, pero necesito ampliar mis almacenes y mis medios de transporte. Para eso me hace falta dinero.

—¿Y qué tiene que ver Patricia con eso?

—Ella es mi prima.

—¿Tratas de obtener un préstamo? Te advierto que es de esas mujeres que no sueltan un dólar.

—No, no se trata de eso. Ella heredó de su padre, pero no ha tocado aún el dinero que le corresponde. Pero mis abogados me han dicho que en el testamento se nos olvidó injustamente y que nosotros también tenemos derecho a reclamar algo.

Colbert arqueó una ceja.

—A mí no me metas en problemas de ese tipo. Lo discutes con Patricia si te parece.

—Con ella precisamente he de discutirlo; por eso he venido. Pero te lo explico porque también te afecta a ti. Verás: los cuatro primos de Patricia hemos decidido comenzar un pleito contra ella si no nos da voluntariamente la parte de la herencia que nos corresponde.

—¿Un pleito? ¡Diablos! ¡Eso significa años de discusiones y de jaleos!

—Precisamente. A Patricia no le conviene. Será mejor que se avenga a un arreglo y así podrá estar tranquila.

Colbert sonrió.

—Imagina que perdéis ese pleito.

—Es muy posible que así sea, pero los años de no poder disponer Patricia de la herencia no se los quita nadie. Y los quebraderos de cabeza, los disgustos. No, no. Es mejor que lleguemos a un acuerdo.

—¿Quiénes sois los que pensáis de esa manera?

—Pues los cuatro primos de Patricia. Los hijos de su tío George. Somos Nelly, Susan, Olay y yo. Por cierto. Nelly y Clay han

desaparecido.

—¿Dónde?

—Dijeron que venían hacia aquí. También querían hablar con tu mujer.

—En esta parte del Sur nunca se les vio.

—Precisamente por ello estoy tan extrañado. Hice una denuncia a las autoridades en Chicago. Me dijeron, que intervendrían los federales. ¿Qué ha habido de verdad en ello?

—Por aquí hay ahora un federal. Se llama Morgan.

—Hablaré con él.

—Como quieras. Tu caballo tiene un magnífico aspecto, ¿eh?

—Corre mucho. Sólo tengo que rozarle un poco con las riendas. Mira.

Lo hizo, y el caballo se lanzó a un alegre trote. Colbert, en cambio, mantuvo su corcel al paso y en unos instantes quedó rezagado.

Una extraña expresión asomó a sus ojos. Una indefinible sonrisa distendió sus labios.

Extrajo suavemente el revólver, sin dejar de sonreír.

El recién venido se volvía en ese instante.

—De todos modos también tiene sus encantos el Sur. Esta vegetación, estos magníficos caballos. Qué brío tiene, ¿eh? ¿Te das cuenta?

Sus facciones se demudaron.

—¡Colbert!

Colbert había alzado ya el revólver. Le apuntaba al centro de la cabeza.

—Lo siento, muchacho. Has venido a buscar oro y has encontrado plomo. Qué se le va a hacer…

Apretó el gatillo dos veces y destrozó la cabeza del hombre. El caballo, asustado, relinchó y se detuvo.

Colbert se acercó. La misma enigmática sonrisa seguía flotando en sus labios.

—Irás a reunirte con Nelly y con Clay —musitó—. No puedes imaginar lo satisfechos que estarán de verte.

Luego pareció darse cuenta de que aquél era un sitio peligroso. Estaba en el centro de la ruta principal que llevaba a Libreville, y cualquiera podía pasar por allí.

Descabalgó, tomó por las riendas al caballo que tiraba del coche y lo introdujo en la espesura. Su propio corcel le siguió mansamente.

El *sheriff* fue avanzando por senderos muy estrechos, por los que el carruaje casi no podía pasar, hasta llegar a orillas del río. Éste formaba una violenta cascada en un cambio de nivel, desplomándose por entre unos peñascos. Colbert pensó que aquél era un sitio ideal para deshacerse del cadáver.

Quedaría muy destrozado al caer por entre las aguas revueltas, y luego, al llegar a las zonas de aguas mansas, siempre habría unos cuantos caimanes que acabasen con él. Pronto no quedaría de aquel cuerpo más que unos cuantos huesos.

Colbert no lo dudó.

Cargó en sus brazos el cadáver, procurando no mancharse de sangre, y lo arrojó hacia las aguas espumeantes. El muerto aún flotó durante algunos segundos, y luego sólo sobresalieron sus botas por entre la espuma blanca. Terminó despeñándose y desapareciendo de la vista del *sheriff*.

Éste se volvió y desató el caballo, dejando libre el carruaje. Pensaba despeñarlo también. El agua borraría las manchas de sangre, y los que hallaran restos pensarían en un accidente.

Iba a, arrastrarlo hasta el borde de las espumeantes aguas, cuando creyó oír un rumor a su espalda.

Se volvió rápidamente, mientras sacaba el revólver. Lo que vio le hizo lanzar un grito.

¡Aquella maldita! ¡Aquella especie de fierecilla que se metía por todas partes!

Vio a Lilian saltar como una gacela de una zona a otra de la espesura. Sin duda lo había visto todo, y eso significaba un peligro mortal para Colbert. Siempre habría en Libreville gente dispuesta a creerla, sobre todo si el cadáver y los restos del carruaje eran hallados más tarde.

Disparó rabiosamente. Pero la muchacha era tan ágil como un cervatillo, e inmediatamente se escabulló entre la espesura.

Colbert no perdió tiempo. La peor prueba que podía dejar a su espalda era aquel carruaje manchado de sangre. Lo empujó con todas sus fuerzas y lo vio despeñarse entre las aguas espumeantes. Casi en seguida, empezó a saltar hecho pedazos.

El *sheriff* montó entonces en su caballo, olvidándose del otro. Ya se preocuparía él de alejarse y de buscar la libertad.

Empezó a batir el terreno, con el revólver preparado, dispuesto a disparar en cuanto viese a la muchacha. Pero Lilian conocía mejor el bosque y era mucho más astuta de lo que él creía.

Sigilosamente apareció a su espalda. Montó de un salto sobre el caballo que había quedado libre y salió al galope.

Fue bordeando el río, por un terreno abrupto y difícil, donde resultaba casi imposible perseguirla. El *sheriff* oyó el ruido de los cascos y se volvió rápidamente.

Llegó a ver la silueta de la fugitiva. Lanzó una imprecación y descargó su revólver hacia la espesura.

No podía ver nada, y por tanto no hizo blanco. Lilian se introdujo por un desnivel que la pondría a cubierto de las balas. Por allí, además, adelantaba camino y podría llegar a Libreville antes que el *sheriff*.

Pero esta vez la suerte favoreció a Colbert. Las rocas de la orilla estaban húmedas, y el caballo que Lilian montaba estaba acostumbrado a tirar de un carruaje, no a brincar por terrenos difíciles. Sus cascos resbalaron, y la muchacha, que no tenía estribos ni silla, salió despedida.

Lanzó un grito al hundirse entre las espumeantes aguas. Con todas sus energías, sintiéndose arrastrada, braceó angustiosamente hasta lograr asirse a una roca.

Poco a poco trepó a ella. Tenía que hacer grandes esfuerzos, porque la corriente la arrastraba. Al fin pudo posar el pecho sobre una superficie lisa y respiró agitadamente.

De pronto sus párpados sufrieron una sacudida. Acababa de ver unas botas a tres pasos de ella, sobre la piedra.

Alzó los ojos poco a poco, tímidamente. Se encontró con la sonrisa del *sheriff* y con el negro ojo de su revólver.

—Quisiste ser demasiado lista, pequeña.

—Guarde ese revólver… No…; ¡no hablaré!

—Demasiado tarde, muñeca.

—No diré nada… ¡Le suplico que no dispare! ¡No dispare…!

En el fondo, Lilian no era más que una chiquilla. Estaba aterrorizada ante la idea de la muerte. Veía el negro ojo del revólver apenas a dos yardas de distancia y se daba cuenta de que

Colbert no podía fallar.

—No… —gimió—. ¡Olvidaré lo que he visto! ¡No tire…!

Se daba cuenta de que no podía ni dejar que la arrastrasen las aguas. De todos modos moriría. Quizá un balazo en la cabeza fuese el fin más piadoso, después de todo.

Colbert volvió a sonreír.

—Es una lástima desaprovecharte así, pequeña… ¡Echar a perder una belleza como la tuya! Pero no puedo correr riesgos. Lo que me juego es demasiado importante.

Se inclinó un poco, para que el revólver casi rozase los cabellos de Lilian, y susurró:

—Ahora, nena.

De pronto, cuando iba a apretar el gatillo, le pareció que el mundo entero se desplomaba encima suyo. Al principio le pareció oír un silbido, como el de un cuerpo muy pesado cayendo, pero no llegó a darse cuenta de lo que sucedía realmente. De pronto sintió un terrible golpe en la espalda, lanzó un aullido y sintió que caía hacia las espumeantes aguas.

Lilian lanzó un grito también. Se sujetó con más fuerza a la roca para no ser arrastrada.

Alguien había saltado sobre la espalda del *sheriff* desde una altura de más de ocho yardas, desde el mismo borde de los peñascos que parecían precipitarse sobre el río. En el último segundo había salvado a Lilian de una muerte segura. Ella lanzó otro gemido, ahora de sorpresa, al ver su cabeza asomar por entre la espuma. ¡Era Dan!

El *sheriff* había perdido su revólver, pero aún tenía las manos para luchar. Cerró salvajemente los dedos en torno al cuello de su enemigo.

Los dos se hundieron entre las aguas, rugiendo como fieras salvajes. Colbert apretó más y más, aun a riesgo de ahogarse él también, hasta que de pronto sintió un vivísimo dolor en el vientre. Dan acababa de propinarle un rodillazo que le hizo abrir las manos y lanzar un grito de angustia. Tuvo la sensación de que tragaba toneladas de agua y de que ésta penetraba hasta sus entrañas.

Ahora fue Dan el que atacó.

Mientras los dos estaban materialmente hundidos bajo el agua, sujetó al *sheriff* por los cabellos y le golpeó la cabeza contra las

rocas de los márgenes. Los dos sabían que aquélla era una pelea a muerte, una lucha salvaje en que sólo uno de ellos podría llegar de nuevo hasta la superficie del río.

Colbert aulló desesperadamente, pero ningún sonido brotó de su garganta. Se estaba ahogando. El agua penetraba a raudales en su estómago y llenaba ya sus pulmones.

Los dos salieron, impulsados por la misma corriente. Estaban ya mucho más abajo del punto de partida, al borde mismo del lugar por donde las aguas se despeñaban ruidosamente. Dan fue a soltar al *sheriff* y a sujetarse él a una roca. Colbert, casi desvanecido, no podría resistir la fuerza de la corriente y terminaría cayendo por la pequeña, pero intensa catarata. Una vez abajo ya no habría quien le salvase.

Pero no había terminado de soltar a su enemigo, cuando una voz le ordenó:

—¡Sujétale! ¡Sujétale o te liquido aquí mismo, Dan!

El joven, casi ensordecido por el estrépito del agua, creyó no haber oído bien. Pero al alzar los ojos vio a un hombre en la orilla y un rifle que le estaba ya apuntando.

No conocía a aquel tipo, pero llevaba al pecho una cosa brillante. ¡Una placa!

—¡No te avisaré otra vez! ¡Sujétale bien o disparo!

Dan no soltó al *sheriff*. Por el contrario, lo sujetó mejor para que no fuese arrastrado por la corriente.

Por su parte, él se abrazó a una roca que sobresalía del impetuoso curso del agua.

—¡Sujétate a esta rama!

El hombre del rifle había levantado del suelo una larga rama desgajada, y la hacía pasar por encima de las aguas. Dan dejó de abrazarse a la roca para sujetarse con fuerza a aquel improvisado salvavidas. Se dio cuenta de que el desconocido empezaba a retroceder, tirando así de la rama, y al mismo tiempo arrastrándolos hacia la orilla.

Cuando pudieron ponerse en pie, el *sheriff* empezó a escupir agua como un condenado. Con los ojos vidriosos susurró:

—Gracias… Gracias, Morgan.

Morgan, el federal, seguía apuntando a Dan, quien resoplaba ruidosamente.

—He llegado a tiempo —dijo—. He visto cómo le atacaba.

—Es un fugitivo… de la cárcel —farfulló Colbert.

—Sí, ya me lo dijo. Una buena pieza…

—Usted lleva revólver además de rifle, Morgan. Déjeme un arma, por favor. Así vigilaremos mejor a ese tipo.

—Por supuesto.

Morgan tendió su «Colt» al *sheriff*. Un brillo febril apareció en los ojos de éste.

Dan se dio cuenta de lo que se proponía el «representante» de la ley en Libreville: disparar sobre él con cualquier pretexto, diciendo que había intentado fugarse. Un simple movimiento sospechoso de Dan le serviría. Por eso el joven se propuso no darle ninguna oportunidad y seguir escrupulosamente las órdenes que le diese Morgan.

Pero en aquel momento algo cambió la situación.

Había llegado a olvidar a Lilian, que acababa de salir del río unas yardas más arriba. La muchacha, con el vestido semidestrozado y chorreando agua, avanzaba hacia ellos.

Apuntó con su dedo al *sheriff* antes de que Morgan la viese. De su garganta surgió un grito:

—¡Oiga! ¡Éste es…!

No llegó a decir más. Colbert se había revuelto con la velocidad de un puma.

Una detonación surgió del «Colt» que acababa de prestarle Morgan. Lilian lanzó un leve grito mientras saltaba hacia atrás.

Esta vez su agilidad no le había servido, porque no esperaba la miserable agresión. Sintió el plomo quemando en sus entrañas. Dio una vuelta sobre sí misma, mientras chillaba angustiosamente, y cayó otra vez a las espumeantes aguas.

—¡Llevaba un revólver! —aulló Colbert—. ¡Llevaba un revólver! ¡Iba a tirar contra nosotros!

Un bulto cayó de nuevo sobre él. Una cabeza se clavó brutalmente en su estómago.

—¡Canalla! —aulló Dan—. ¡Hijo de perra!

Morgan no había visto nada, porque estaba solo pendiente del prisionero. Vio que el cuello del *sheriff* parecía a punto de romperse bajo los terribles golpes de Dan, y alzó la culata de su rifle.

El golpe, propinado directamente a la nuca del joven, hizo caer a

éste hacia delante, mientras lanzaba un gemido sordo. Quedó sin sentido, de bruces en el suelo, todavía con las uñas espasmódicamente clavadas en la tierra.

Morgan miró de soslayo el bulto formado por el cuerpo de Lilian, y que se perdía entre las aguas.

—¿Quién es esa chica?

—Una compañera de este tipo. Su amiguita… Ya ha visto que intentaba ayudarle.

—¿De veras llevaba un revólver?

—¿Cree que hubiese disparado, en caso contrario? Me hubiera gustado más capturarla. Era un buen testigo.

—Tiene razón. Vamos.

El *sheriff* cargó sobre sus hombros el cuerpo inanimado de Dan. Suspiró ruidosamente, fingiendo pesadumbre, pero en el fondo sentía deseos de lanzar una carcajada.

CAPÍTULO XI

Dan recobró el conocimiento estando de pie. Aparentemente eso era increíble, pero se dio cuenta de que lo habían transportado a hombros hasta entonces y acababan de dejarlo apoyado en algún sitio. Instintivamente él se sujetó, y sus dedos encontraron unos barrotes. Un maquinal sentimiento de defensa le hizo abrir los ojos. Tuvo que cerrarlos en seguida porque se mareaba.

Un terrible puntapié en la columna vertebral le hizo saltar hacia delante.

—¡Hala, adentro!

Se encontró de bruces en la celda que ya conocía. La puerta de rejas se cerró a su espalda.

Como entre una neblina vio los cuerpos de Colbert y de Morgan que le miraban desde el otro lado de la puerta.

—¡Saldrás de ahí para ir al cadalso, maldito zorro! ¡Esta vez has llegado demasiado lejos!

Dan se llevó la mano derecha a la nuca. Ésta le dolía horriblemente, pero mucho más le dolía recordar a Lilian. Lilian, que en estos momentos ya estaría muerta.

—Acabaré contigo, Colbert —masculló—. ¡Te liquidaré aunque sea después de muerto!

—Ya oye lo que dice, Morgan —masculló el *sheriff*—. ¿Qué he de hacer con un tipo así?

Morgan dio un manotazo al aire.

—¡Bah, nada de consideraciones! ¡Estos fulanos son basura!

Salió dando un portazo.

La expresión del *sheriff* cambió. Ahora se hizo dura y reconcentrada, mientras miraba a Dan caído en el suelo de la celda.

—Esta vez no escaparás —susurró—. Ya me cuidaré yo de

asegurar las tablas por el otro lado.

—Empiezo a comprender lo que pretendía con toda esta comedia —farfulló Dan—. Su esposa es una mujer algo chiflada, pero muy compasiva, ¿verdad? En cuanto veía a un hombre en apuros quería ayudarle. Su instinto maternal… Usted la sorprendió una vez y dio al asunto una interpretación torcida. Todo el mundo se enteró, puesto que lincharon al pobre Riley. E incluso hubo algunos que se extrañaron de que no liquidara a una mujer que le engañaba de ese modo. Pero usted se había «cargado de razón», ¿verdad, Colbert? La próxima vez dispararía contra Patricia y nadie podía extrañarse. Automáticamente la herencia era suya. Buen plan, ¿eh, *sheriff*? Encima sus amigos le darían palmaditas en la espalda. El crimen perfecto…

Colbert masculló:

—¡Cállate, maldito!

—El motivo tenía que ser yo —siguió sin embargo Dan—. Yo debía ser el segundo hombre, la gota de agua que haría rebasar el vaso de su paciencia. Pero me di cuenta del juego y me escabullí a tiempo. ¿Qué hará ahora para matar a Patricia? ¿Liquidarla como a sus parientes que vinieron a reclamar una parte de la herencia?

—¿Qué sabes tú de eso, perro?

—Sé lo que los perros saben. Un buen can tiene olfato para encontrar una tumba donde hay dos cuerpos.

—¡Mientes!

—Puedo indicársela a Morgan en cualquier momento. Y pienso hablar antes de que me ahorquen.

—No dirás nada. Antes te juro que…

Dan le miró burlonamente, tratando de dominar el odio que le hervía en la sangre.

—¿Qué va a hacer? ¿Tirar a través de las rejas y decir que me estaba fugando? No, amigo. Morgan no caerá en una trampa tan burda. Esta vez tendrá que matar legalmente, y antes de que me maten hablaré.

—Pero me quedará tiempo para hacer desaparecer aquellos dos cuerpos —dijo sombríamente Colbert—. Quizá te hubiera convenido más no demostrarme que sabías tanto, amigo.

Dan se mordió los labios.

Quizá tuviese razón el *sheriff*. Quizá él había hablado en exceso,

descubriendo los triunfos que aún tenía en su mano.

No pudo contestar, porque en aquel momento se abrió la puerta que daba a la oficina. Dan quedó estupefacto al ver aparecer a Ingrid.

Colbert tampoco disimuló su sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—No te había visto por ninguna parte. Quería saber dónde estabas. —De pronto hizo un gesto de asombro—. ¡Pero si llevas las ropas chorreando! ¿Qué ha ocurrido?

—He tenido una pelea en el río. Con ese tipo.

Ingrid dirigió a Dan una mirada superficial y lejana, como si no le conociera.

—¿Estás herido?

—No —repuso Colbert.

—Pero necesitas cambiarte. Con esa ropa empapada puedes sufrir una pulmonía. ¿Tienes ropa limpia aquí?

—No. Iré a casa en seguida.

—Al menos sécate la cabeza.

Le tendió un pañuelo limpio y bordado que sobresalía de una de sus mangas. El *sheriff* se lo pasó por los cabellos.

—El también lo necesita —dijo Ingrid, mirando a Dan.

—¿Ése? —Gruñó Colbert—. ¡Que se pudra!

—Hay que ser un poco caritativo —susurró la muchacha—. Tome, séquese la cabeza al menos.

Había sacado un pañuelo similar de su otra manga, y lo pasó por entre los barrotes, Dan lo tomó, y en el mismo instante sus dedos sufrieron una sacudida.

Porque entre la seda del pañuelo acababa de palpar el metal de un revólver. Una diminuta arma de señorita, de un solo tiro, pero, podía darle la libertad… o la muerte.

* * *

La sensación era casi dulce. Era como si flotase en un vacío vaporoso, como si estuviese volando entre una bruma gris. Lilian no se daba cuenta de que esto era el fin.

Las aguas tumultuosas la habían arrastrado hasta un pequeño paso entre dos rocas, donde había quedado encajado su cuerpo. El lugar era demasiado estrecho para que ella pasase, pero el agua

empujaba y pronto la haría saltar por encima. El momento de respiro que el capricho de las aguas había dejado a Lilian, era provisional solamente.

De pronto recobró un poco el sentido de la realidad. Se dio cuenta de lo que sucedía y trató de sujetarse a una de aquellas rocas.

Un vivísimo dolor le impidió hacerlo. El chorro de sangre que continuamente había brotado de su herida, se hizo más intenso.

La bala le había penetrado por encima de uno de los senos. Se estaba desangrando.

Era eso lo que producía en ella la extraña sensación de debilidad, de abandono, de indiferencia.

El que se desangra llega a no darse cuenta de que se está muriendo.

Las aguas la empujaban ya con fuerza invencible. Su cuerpo era como un dique que se oponía a su paso, y estaban a punto de empujarla ya por encima de las rocas. De pronto a la muchacha le pareció ver una sombra que se proyectaba sobre ella.

Era una sombra gigantesca, ancha.

Los ojos debilitados de Lilian se alzaron torpemente. Vio unas facciones rugosas y brutales, junto a las cuales parecían moverse dos manos enormes. Una de esas manos se tendió para sujetarla.

Lilian se removió, sintiendo en su interior la angustia de la muerte.

Sabía quién era aquella especie de monstruo, y en otras circunstancias hubiese gritado de horror. Pero ahora cualquier cosa era buena con tal de escapar de aquella muerte segura.

Intentó sujetarse a aquella mano. Pero el hombre no llegaba.

—Me… me ahogo… So… socorro…

El hombre hizo un supremo esfuerzo. Se colgó casi sobre el agua y tensó el brazo todo lo que pudo. Inútil.

Lilian iba a ser arrastrada ya. El ímpetu de las aguas crecía a cada momento.

Y de pronto el gigante pareció tener una idea. Extrajo algo de su bolsillo.

—¡Toma! —gritó—. ¡Sujétate!

Lilian, reuniendo las fuerzas que aún le quedaban logró asirse a aquella especie de cable salvador.

Era una media de seda.

CAPÍTULO XII

Ingrid sonrió con desenvoltura, dio media vuelta y se acercó a la puerta que comunicaba con la oficina, y por la cual había entrado poco antes.

—Me voy —murmuró—. Te esperamos en casa dentro de unos minutos.

—Es posible que tarde un poco —gruñó Colbert.

—¿Por qué?

—He de hacer algo en el campo.

Dan se dio cuenta en seguida de lo que pretendía hacer el *sheriff*: sacar cuanto antes los cadáveres de la fosa, borrar todo trazo de ésta y luego quemar los restos u ocultarlos lejos de allí. De ese modo las declaraciones de Dan, cuando le denunciase, serían tomadas a chacota.

Pero el joven no dijo una palabra. Sabía que disponía de una bala.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Ingrid, simuló secarse los cabellos con el pañuelo.

El *sheriff* le miraba burlonamente.

—Voy a hacer uso de tus valiosas informaciones —dijo—. Cambiaré de sitio los cadáveres. Es una tarea ingrata, pero necesaria.

—Lo suponía.

—A partir de ahora ya puedes ir gritando todo lo que quieras, amigo mío. Nadie vendrá. Antes, por supuesto, aseguraré las tablas desde el otro lado.

Fue a dirigirse hacia la puerta. Dan dejó caer el pañuelo a tierra.

—No tan aprisa, *sheriff*.

—¿Qué quieres ahora, maldito?

—Esto.

Colbert estuvo a punto de lanzar un rugido de asombro. No comprendía de dónde podía haber salido aquel pequeño revólver que le apuntaba al centro de la cabeza.

Se daba cuenta de que cargaba una sola bala, pero a aquella distancia y con un tirador como Dan, hubiera resultado suicida arriesgarse.

—Te lo ha dado Ingrid —balbució de pronto—. ¡Ella, la muy zorra!

—Sí, me lo ha dado Ingrid. Y después de saber usted eso, comprenderá que no voy a dejarle vivo, Colbert.

—La muy maldita te ha ayudado. ¿Pero por qué? ¿Por qué?

—Quizá porque ella tuvo la mala suerte de ver también aquellos cadáveres —susurró Dan—. Y sin duda los reconoció. Aunque lejanos, eran parientes suyos.

Los labios de Colbert se torcieron en una mueca.

—¿Te das cuenta… de que eso la condena a muerte también?

—Por supuesto, pero antes va a tener trabajo, *sheriff*. Abra la puerta.

—¿Estás loco?

—Abra la puerta o le vuelo la cabeza, Colbert. Tengo una sola bala, pero también tengo una sola palabra. ¡Dese prisa!

Colbert comprendió que el otro no bromeaba. Por el momento tenía que obedecer.

Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. Pero Dan no salió aún.

—Ahora suelte con dos dedos el revólver que lleva en la funda. El que le sirvió para disparar contra Lilian.

—Si piensas que voy a obedecer estás listo. Te aseguro que…

Dan rió silenciosamente.

—Deme un pretexto para disparar, *sheriff*. Hala, haga un solo movimiento que no me guste. Es lo que estoy deseando.

Colbert palideció. Con dos dedos sujetó la culata del revólver y lo dejó caer a tierra.

Dan empujó entonces la reja. Lo hizo con tal brutalidad que clavó materialmente los barrotes en la cara del *sheriff*, rompiéndole el tabique nasal. Colbert lanzó un aullido.

Dos golpes más propinados con el canto de la mano, le dejaron

completamente K.
O. Dan
sintió la casi irresistible tentación de matarle, pero comprendió que antes tenía que demostrar su culpabilidad; no podía permitirse el lujo de obrar a la ligera con un hombre que aún llevaba la estrella al pecho; además Ingrid debía haberle dado el revólver para que huyese, no para que matara.

Tomó el arma que había soltado el *sheriff*, la introdujo entre su camisa y su pantalón y huyó.

En la puerta se detuvo. Toda aquella parte de la calle estaba tranquila. Si obraba con rapidez podría perderse de vista antes de que nadie se diera cuenta.

Iba a salir a toda velocidad, pensando dirigirse a la parte norte de la ciudad, pero entonces vio algo que le hizo cambiar de opinión.

Una mujer marchaba en aquel momento de su casa.

Subía a un carruaje que ya tenía enganchado y, sin ocultarse en absoluto, emprendía la marcha.

Dan parpadeó un momento.

La figura de la mujer, su modo de moverse…

¿Qué inconcretos recuerdos acudían a su mente? ¿Dónde la había visto antes de ahora?

De pronto las cejas de Dan se arquearon con asombro.

Lanzando un gruñido, decidió seguirla. Pero dando un largo rodeo, por supuesto, para que ella no le viese y para no pasar por lugares concurridos, donde la gente pudiera darse cuenta de su fuga.

Aquella mujer… ¡era la misma a la que había visto salir de la cabaña solitaria! ¡La que se reunía con el estrangulador de la media de seda!

CAPÍTULO XIII

Dan iba a pie y dando un rodeo, mientras que la mujer guiaba un carruaje ligero con un buen caballo. Por eso no es de extrañar que ella llegase a su destino cuando aún el joven estaba prácticamente a la vista de la ciudad.

Caminando sinuosamente, envuelta en un vestido rojo que marcaba sus aún sugestivas curvas, avanzó hacia la entrada de la cabaña.

Ésta estaba solitaria como siempre, y bañada por la luz dulce del atardecer. El lugar tenía ese encanto misterioso y salvaje que sólo tienen los lugares del Sur, donde el verde exuberante de la vegetación se une al azul del cielo y al oro del sol poniente. La luz parecía allí distinta, y todo estaba lleno de vida y al propio tiempo de una suave nostalgia.

Canturreando, la mujer entró en la cabaña.

Parecía sentirse muy a gusto allí, como si se encontrara en su propio hogar.

Se echó un poco el vestido hacia atrás, dejando sus hombros más al descubierto, y miró el sol a través de la única ventana.

De pronto le pareció escuchar un rumor entre la espesa vegetación que rodeaba la choza.

Salió al exterior. El rumor no se reprodujo.

La mujer miró en torno suyo, se encogió al fin de hombros y regresó al interior de la cabaña.

Las hojas se movieron entonces. Un rostro algo pálido y unos ojos llameantes aparecieron entre ellas.

Al *sheriff* Colbert aún le dolían los golpes propinados por Dan, pero estaba parcialmente rehecho. Avanzó poco a poco, procurando no hacer ruido. En su funda brillaba ahora un revólver nuevo, que

poco antes había sacado de uno de los cajones de su oficina.

Se detuvo en el umbral. Sus ojos seguían brillando con una expresión extraña.

—Hola, Patricia —dijo lentamente.

La mujer del vestido rojo se volvió. Sus párpados temblaron un momento, pero ésa fue toda su reacción de sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —susurró.

—Quizá conviniera que esa pregunta la hiciese yo, ¿no crees?

—Yo he venido a dar un paseo.

—¿Sí?

—Lo creas o no, me tiene sin cuidado.

El rió silenciosamente.

—No has tratado de ocultarte —musitó—. Quizá otras veces has venido aquí a escondidas, pero esta vez lo has hecho ante los ojos de todo el mundo.

—Lo cual prueba que no tengo nada que ocultar.

La sonrisa de Colbert se hizo más áspera y densa.

—Sé que me desprecias —murmuró—. Estás convencida de que me casé sólo por tu dinero, y eso no has podido perdonármelo nunca. Pero no consentiré que te burles de mí en público.

—¿Qué es lo que estás pensando?

—Nuestro matrimonio ha sido un fracaso. Patricia. Tú me desprecias y yo me he dedicado siempre a perseguir a otras mujeres, porque me molesta que mi esposa sea unos años mayor que yo. Pero tengo mis derechos como marido, y voy a usarlos.

—Dilo de otra manera.

—¿Qué insinúas?

—Di sencillamente que desde hace tiempo estás buscando un pretexto para matarme sin que nadie te pueda acusar. Di que necesitas un motivo para quitarme de en medio más o menos legalmente, y hacer tuya una herencia que yo no he tocado aún.

—¿Te sabría muy mal que eso fuese cierto, Patricia?

—Peor me sabría vivir engañada. Ahora, al menos, conozco la clase de peligros que voy a correr.

—Los has corrido ya, Patricia.

Ella palideció.

—No te entiendo.

—Pues es muy sencillo. Al salir de mi oficina, de donde acababa

de fugarse un preso gracias a la ayuda de Ingrid, te he visto alejarte. He tomado entonces mi caballo y me he dedicado a seguirte a distancia. No sólo yo te he visto, por supuesto, sino también otras personas. Todas creerán lo que yo les diga dentro de poco.

—¿Qué vas a decirles?

—Que estabas citada con otro hombre… y que no he querido soportarlo más.

—No serás capaz de hacer eso… Sabes demasiado bien que te meterías en un callejón sin salida.

El denegó con la cabeza lentamente, sin dejar de sonreír.

—No, Patricia… He buscado durante mucho tiempo la oportunidad y ahora tú acabas de dármela. Éste es un lugar ideal para eliminar a un semejante. Tranquilidad, soledad, silencio… Y la creencia popular de que tú eres una arpía, creencia que todo el mundo tiene desde que sorprendimos a aquel preso fugitivo.

—¡Nada hubo de malo en aquello! Se presentó en mi habitación… ¡por una trampa que tú mismo habías preparado!

—Confieso que sí —dijo Colbert tranquilamente—. Buscaba una ocasión, pero la que tú misma me has brindado es mucho mejor de lo que soñé. No sabes lo que me acordaré de ti cuando cobre la herencia, cariño…

—Aún no la tienes en tus manos. No cantes victoria.

—¿Qué puede impedirlo ya? Nuestro testamento es claro; el que primero muera, cederá sus bienes al otro. Y tú tienes el dinero de tu padre, que no has tocado siquiera. ¿Vas a modificar el testamento? ¿Crees que puedes hacerlo ahora, cariño?

Había sacado ya el revólver. Su sonrisa se había hecho más cruel, más amplia y burlona.

—¿Cómo quieres morir? —susurró—. ¿De espaldas, como lo hicieron tus parientes, que molestaban mis planes entrometiéndose en el asunto de la herencia? ¿Quizá de rodillas? ¿O mirándome de frente, como si no tuvieses miedo?

Ella siguió con los ojos el movimiento ascendente del cañón del revólver. Sus párpados no temblaban ahora. Parecía dispuesta a morir de frente, sin miedo.

Colbert debió haber adivinado que aquello no resultaba normal, que era muy extraño, pero estaba tan seguro de sí mismo que no prestó atención, al detalle. Apuntó directamente al corazón de la

mujer, e iba ya a disparar… ¡cuando en ese momento algo se enrolló en su cuello, con la fuerza de los anillos de una serpiente!

¡Una media de seda!

¡Y alguien tiró brutalmente de sus extremos, estrangulándole, mientras lanzaba un alarido salvaje!

CAPÍTULO XIV

Bunlop, el hombre a quien todos en la ciudad creían muerto, el asesino que fue baleado y arrojado a las aguas del río, salvándose gracias a su naturaleza de fiera salvaje, estaba allí. Sus ojos llameaban satánicamente. Sus manos de gigante apretaban mientras emitía gruñidos roncos y Patricia, ante la sorpresa brutal de Colbert, lanzaba una carcajada de triunfo.

—¡Creías haberme cazado y el cazado ha sido tú, imbécil! ¡He procurado que me vieses para que me siguieras, precisamente! Varias veces he citado aquí a Bunlop, que está enamorado de mí, para que se acostumbrara a este sitio. Y hoy le había citado… a una hora determinada y concreta. ¡Justo cuando estuvieses tú! ¡Pensabas matarme y era yo la que te preparaba la trampa, estúpido!

Colbert no podía dar crédito a aquellas palabras.

El corazón parecía ir a salírsele por la boca, y sentía ya en la garganta el sabor de la muerte. Pero era su derrota lo que más le dolía. ¡El que Patricia hubiera resultado más lista que él! ¡El ser asesinado cuando lo tenía todo dispuesto para asesinar!

—Bunlop no ha conseguido nada importante de mí —silabeó ella—, pero por eso mismo está enloquecido de deseo. ¡Y te matará! ¡Te matará! ¡Luego, nadie me culpará a mí, sino a él, un asesino reclamado! ¡Cuidado, el revólver!

Se había dado cuenta de que Colbert, que al principio estuvo a punto de soltar el arma, hacía esfuerzos terribles para ponerla de nuevo en línea de tiro. Era una décima de segundo decisiva, una décima de segundo que podía cambiarlo todo. Trató de echarse hacia atrás, mientras gritaba:

—¡Aprieta, Bunlop! ¡Más! ¡Más…!

La detonación hizo lanzar un aullido a Bunlop. Colbert acababa de disparar por entre sus piernas alcanzándole en el vientre. Las manos que tiraban de la media de seda se relajaron, y entonces Colbert pudo volverse un poco. La segunda bala fue al hígado del gigante. La tercera, al corazón.

Patricia aullaba a cada nuevo disparo, como si las balas la atravesasen a ella misma. Se daba cuenta de que ahora todo había cambiado, de que estaba a punto de morir. Trató de llegar desesperadamente a la puerta, y en ese momento una bala la alcanzó en la espalda.

Dando un salto, aún consiguió llegar a unos pasos de la cabaña. Allí sus piernas fallaron y cayó de rodillas. Oyó tras ella la respiración de Colbert, una respiración de lobo ansioso.

Un nuevo disparo la hizo caer de bruces. Gimió espasmódicamente. Colbert le apoyó el cañón en la sien.

—Aún quedan dos balas —jadeó—. Las dos para ti… ¡y ahora!

Iba a apretar el gatillo cuando un plomo le arrancó cabellos de la cabeza. Se enderezó súbitamente, sintiendo un calambre espantoso en todo el cuerpo. Sus ojos se dilataron de asombro cuando vio frente a él una figura alta y erguida, unos ojos implacables y un revólver justiciero. Cuando se dio cuenta de que Dan le estaba apuntando ya.

—Le daré una oportunidad, Colbert —susurró el joven—. Una sola. ¡Mueva su revólver!

Colbert lanzó un grito. Intentó poner el «Colt» en línea de tiro, pensando que aún tenía ventaja, porque Dan acababa de bajar el brazo, como si no fuese a disparar. Por un momento creyó que la victoria sería suya…, ¡suya, tras matar a todos sus enemigos en una coartada que nadie podría deshacer!

Pero el brazo de Dan se había movido como una catapulta… El revólver escupió fuego dos veces. Colbert cayó hacia delante, mientras dos espantosas manchas de sangre se dibujaban en su pecho.

Dan bajó el arma. Sabía que nada podía hacer ya por ninguno de los que estaban allí. Con paso cansado, como si los hombros le pesasen, se alejó de la choza. Pero lo hizo siguiendo las huellas de Bunlop, el monstruo a quien todos en Libreville crean ya muerto, y que en realidad no lo había estado hasta ahora.

Aquellas pisadas le llevaron a un claro entre la vegetación, y allí pudo ver algo que le hizo lanzar un gemido. Lilian estaba en el suelo, respirando fatigosamente. Muy cerca se oía el rumor del río, de donde no había podido sacarla sino Bunlop. La herida de la muchacha había sido restañada y cubierta con hierbas astringentes. Bunlop, una auténtica fiera en algunos aspectos, era también un ser humano. También era capaz de sentir compasión, y en este caso, la había sentido.

Dan se inclinó sobre la muchacha.

—Voy a llevarte a la ciudad, Lilian. Ya no sangras, y gracias a tu edad y tu salud, vas a salvarte… Ven, apóyate en mí. Pon los brazos en mi cuello…

Ella sonrió. Su sonrisa era triste y lejana.

—No me muevas de aquí. Perdería sangre si lo hicieras. Llama al médico. Todo se arreglará… si volvéis a tiempo.

Dan comprendió que la muchacha tenía razón. Era mejor no moverla de aquel sitio. Le acarició los cabellos, para darle ánimos y echó a correr. No le importaba que le viesen, no le importaba ser arrestado por Morgan. Corrió como no había corrido en su vida, hasta el último aliento. Cuando llegó a la ciudad estaba jadeante, rendido, pero supo que había llegado a tiempo.

No supo, en cambio, que alguien más había llegado junto a Lilian apenas él se alejó.

No, eso no lo sospechaba.

Ingrid estaba en la puerta de la casa. Le miró con los ojos entrecerrados, sin pestañear.

—Hola, Dan.

—Ingrid…, necesito que me ayudes a encontrar un médico.

—¿Para quién?

—Para Lilian. Está… herida. ¡Hay que llegar a tiempo!

—Por supuesto —susurró ella—. Vamos en seguida. Y yo mismo puedo ayudar al médico, puesto que soy enfermera titulada.

El matasanos de Libreville no entendía de enfermedades, pero sí de heridas de bala. Preparó en seguida su caballo, y salió con Ingrid. Dan les indicó dónde encontrarían a la muchacha.

—¿Tú no vienes? —preguntó Ingrid.

—No.

—¿Por qué?

Dan alzó la cabeza. En sus ojos brilló una chispita triste.

—Yo no soy más que un indeseable, Ingrid… un indeseable indigno de ti y de cualquier mujer honrada. Tengo algo pendiente con la justicia y quiero liquidarlo ahora. Ya te explicaré… Morgan debe estar en la oficina de Colbert.

Ella tendió la mano. Se la estrechó con fuerza, con una extraña fuerza.

—Vivirás un momento muy amargo —susurró Dan—. No quisiera tener que decírtelo ahora.

—No me digas nada. Desgraciadamente, lo imagino. Pero haré esfuerzos por superarlo todo…, si tú me ayudas.

Dan hundió la cabeza sobre su pecho.

—Los dos deberemos ayudarnos, tal vez… Pero cuenta conmigo, Ingrid. Y prométeme que sacaremos a Lilian de este ambiente. Esa pequeña también merece una vida mejor.

—Te lo prometo, Dan.

Ella hizo girar su caballo y dirigió al joven una última mirada. En sus ojos, en su boca, había un mundo de promesas. Dan la vio marchar, junto con el médico, y luego el también dio media vuelta lentamente.

Entró en lo que había sido oficina de Colbert. Todo se hallaba silencioso y quieto. El sol del atardecer se proyectaba sobre la placa de Morgan, el federal, sentado tras la mesa.

Vio entrar a Dan, pero siguió escribiendo sin hacerle caso.

—Vengo a entregarme, Morgan —susurró el joven—. Quiero estar en paz.

—¿Gastó mucho dinero del que robó a Riley?

—No. Sólo unos dólares.

—Deje el resto ahí, sobre la mesa.

Dan lo hizo. Los dólares estaban mojados, pero supuso que servirían igualmente.

—Muy bien —dijo Morgan—. ¿Está todo?

—Sí, señor. La documentación también.

—Entonces, lárguese.

Dan sintió una sacudida en la garganta.

—¿Qué…, qué dice?

—He hablado con Lilian poco después que usted —susurró Morgan—. Acabo de regresar y estoy redactando mi informe. No le

menciono para nada, Dan, de modo que más vale que no estorbe. Ha hecho a la ley un favor que sólo puedo pagarle olvidándome de que un día fue Dedos de Plata. ¡Y ahora, lárguese! ¿A qué espera? ¿Es que no quiere dejarme terminar el informe?

Dan estaba tan asombrado que casi no podía respirar. Pero como Morgan había vuelto a abstraerse en la escritura, se atrevió a dar media vuelta. Y luego a andar unos pasos hacia la puerta. ¡Y al fin salió corriendo!

Fue detrás de Ingrid. Le parecía que había vuelto a nacer.

Mientras tanto, en un claro de la vegetación, junto a una cabaña semiderruida, dos seres al borde de la muerte se miraban con sus últimas fuerzas, con los ojos ya vidriosos.

—¿Por qué? —balbució Colbert—. ¿Por qué querías matarme?

Una especie de sonrisa burlona, una última sonrisa, apareció en los labios yertos de Patricia.

—Porque mi padre me desheredó… Estaba harto de mí… En cambio, confiaba en un *sheriff*… al que creía justo y honrado… Tú fuiste el heredero siempre… y no lo sabías… Por eso yo quería… terminar contigo.

Dirigió al cielo una última mirada y dejó caer la cabeza para siempre.

No llegó a oír el grito de desesperación que lanzaba Colbert antes de morir a su vez. Ninguno de los dos se dio cuenta de que habían lanzado el último suspiro teniendo las manos unidas.

FIN